

BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. TONO. Madrid.

— ¿Pero tú no estabas en Suiza?
— Sí; pero el médico me prohibió el tabaco, y como allí hasta los aires son puros...

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Sabes que Juanita se mete monja?
— ¡Quia!
— ¡Sí! Me han asegurado que está en el noviciado.
— Estará esperando un tranvía.

EMILIO ALONSO. — Madrid.

— ¿En qué se parecen las camas a los puertos de mar?
— En que, por lo regular, tienen muelles.

MASTO. — Madrid.

— ¿Adónde vas con tantos equipajes?
— Me voy a vivir a los Países Bajos, porque el médico me ha recomendado que no suba tantas escaleras.

E. CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

Entre amigos.
— Oye, tú. ¿En qué se diferencia un trozo de tela de cien centímetros de uno que da un encontronazo?
— ¿...?
— Pues en que el primero es una pieza de metro, y el otro me...-tropieza.

RAVALO EL TROVADOR. — Madrid.

— ¿Cuál es la hembra del topo?
— ¿...?
— La mujer. Porque el hombre es fuego, y la mujer es...-topa...»

MARIBONA. — El Escorial.

De pesca.
— ¿Pican?... ¿Pican?...
— (Inconsciente.) No los oigo.

ENRIQUE PAREDES. — Avilés.

En la sierra.
— ¿Por qué saluda usted tanto, don Policarpo?
— Porque dicen que esto es muy saludable.

J. M. CONDE.

Entre amigos.
— Luisita, con su coqueteo, me da motivo para que esté medio loco: me fascina, me atrae de un modo irresistible.
— ¿Te atrae, dices? Yo creo que lo que intenta es alejarte.

— ¿...?
— ¡Claro, hombre! Alejarte. ¿No te da un medio loco-motivo?

SEDALAIB. — Orense.

En la calle.
— ¿Adónde vas?
— Al teatro.
— ¿A cuál?
— Al Centro.
— ¿Por qué te gusta tanto el Centro?
— Porque se ve mejor que en los extremos.

M. T. RIO. T. K. Es.

— ¿Cuál es el nombre que no se debe poner a una mujer?
— El femenino de Samuel, porque entonces es cuando s-amuela para toda la vida.

K. STIZO.

— ¿En qué se parece un sombrero de paja usado en invierno a un tren en marcha?
— En que está fuera de estación.

LA ARGENTINA.

— Vamos a ver, hijo mío, ¿has adelantado mucho en francés?
— Muchísimo.
— Bueno; pues llama al perro en francés.
(El chico da un par de silbidos.)

TAY. — Madrid.

— Me han dicho que haces el amor a la mujer de un fotógrafo.
— Sí; pero con mal resultado: siempre tiene a mano una negativa.

E. CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

Hacer el artículo.
DEPENDIENTE. — Señora, esta tela se gasta más.
SEÑORA. — Pues si se gasta más, no la llevo, porque me dura menos.

JUAN HURTADO. — Madrid.

EL PESIMISTA (dirigiéndose al optimista, que está a la puerta de un soberbio edificio de seis pisos fumando un cigarro estúpido). — ¿Fuma usted mucho?

EL OPTIMISTA. — Sí, señor, mucho. Y cada cigarro como éste me cuesta cinco pesetas.

EL PESIMISTA. — Y ¿no ha pensado usted nunca en que si, en lugar de gastarse ese dinero en un vicio, lo hubiese ahorrado, a sus años podría adquirir este magnífico edificio?

EL OPTIMISTA. — Es que este edificio es mío.

NAPOLÉON CARLOMAGNO.

De visita.
— Mi hija aprende el esperanto.
— ¿Y lo habla bien?
— ¡Ya lo creo! Como una persona del país.

M. T. RIO. T. K. Es.

— ¿En qué se diferencia un toro de un solomillo?
— En que el toro embiste con fuerza, y el solomillo en...-bisté con patatas.

K. BEZA. — Madrid.

— ¿De quiénes debiera preocuparse el ministro de Instrucción Pública?
— De esos infelices que andan por la Puerta del Sol, lamentándose: «¡Quién supiera escribir!... ¡Quién supiera escribir!...»

VIBARAL. — Carabanchel.

— ¡Guardia! ¡Este ratero me ha querido robar el reloj!
EL RATERO (disculpándose). — No, señor. No se le quería robar...; es que iba a ver la hora.

COLINA. — Santander.

¡Buena pregunta!
— Tú, que nada ignoras, ¿a que no sabes por qué le ponen el collar a los perros?
— ¡Sí, hombre!... Para adornarlos.
— No es por eso.
— Para sujetarles la cadena.
— ¡Tampoco!
— Pues, chico, no lo acierto.
— ¡Parece mentira que seas tan torpe! Se lo ponen por que el perro no puede ponérselo...

ENRIQUE SORIA. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Ab-el-Sikuela, de Valencia.**

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

BASES

para nuestro concurso de junio.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo agosto.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

CUPÓN NÚM. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

1. — Falta de sueño.

— ¡Te he dicho que *prima* el *dos-tercia* a tu hermana, niña!

— *Tercia* tiene. Es que no *tercia* dos.

— No la *dos-prima* el gusto de ponérselo. Va a hacer la primera comunión.

— Ya sabes, mamá, que yo me *todo* por complacer a la hermanita.

2. — Frase cosmorámica.

SOLUCIÓN A LA CHARADA
M O N O
RISA SIN EL PRÍNCIPE
ORBE — CERO
1

3. — Una cosa que suena...

(No se trata del pañuelo, etc.)

100 1 100

EL PRIMER ASESINADO

CUPÓN

correspondiente al número 79
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

3.º Suscripción gratis por un semestre a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 10 de julio, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

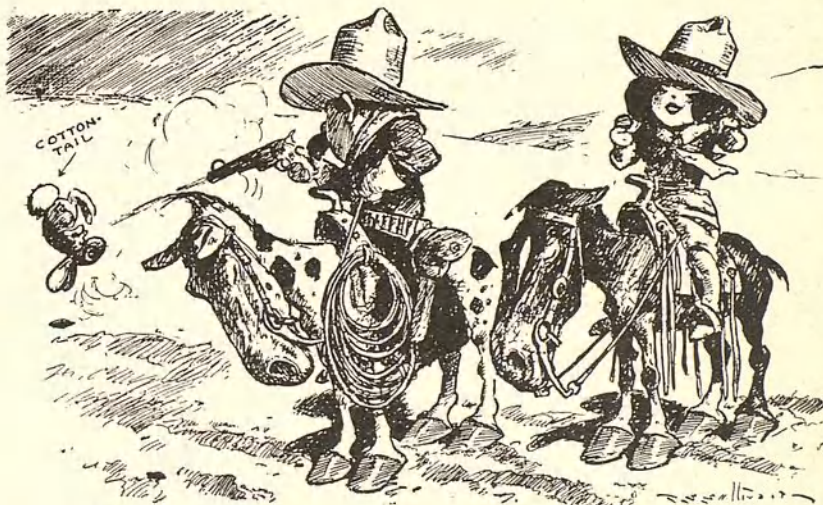
En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de junio, insertos en

esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 22 de julio se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.



— ¿Ha perdido usted la borla de su polvera?... Espere un minuto y tendrá una nueva...

(De SULLIVANT, en *Life*, de Nueva York.)

Concurso de pasatiempos del mes de abril

SORTEO DE PREMIOS

Verificado públicamente el sorteo, han sido agraciados los *pierdetiempistas* siguientes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de la lotería nacional, número 1.193, para el sorteo del día 1 de junio, a D. Segundo González, travesía Conde-Duque, 8, Madrid.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de la lotería nacional, de igual número y para el mismo sorteo que el anterior, a D. Juan Garmendía, de Portugalete (Vizcaya).

TERCER PREMIO. — Suscripción gratuita por un semestre a BUEN HUMOR, a contar desde el 1 del actual, a doña Conchita Lorenzo, de Madrid.

Los billetes de lotería se hallan a disposición de los mencionados señores, y podrán recogerlos en nuestras oficinas, plaza del Angel, 5, los días laborables, de cuatro a siete de la tarde, previa identificación de sus personas.

4. — Torero antiguo.

(Dedicado a Bergamín.)

Eres horrible, Paquito.
De modo que... no
te mires al espejo.

ADVERTENCIA

En el pasatiempo número 21 del Concurso de mayo se deslizó un error que corregimos hoy.

Donde dice:

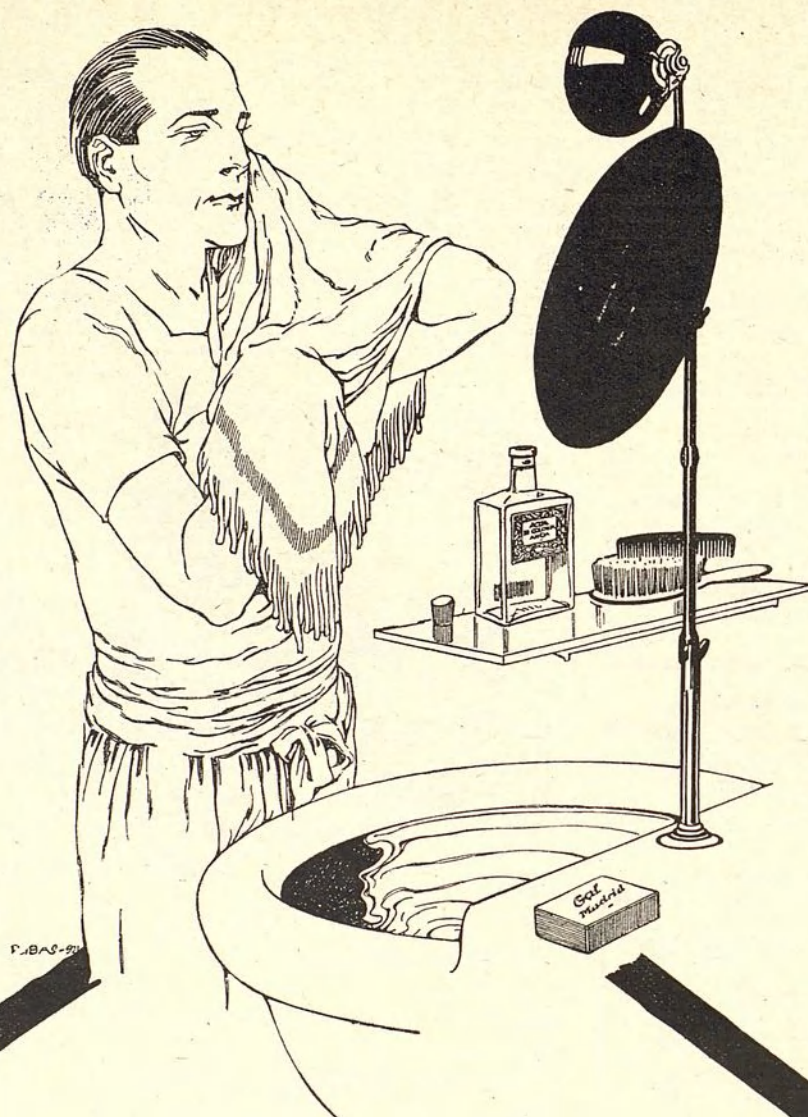
«Su mujer no está *tercia-prima*...»

debe decir:

«Su mujer siempre está de *dos-prima*...»

¡Apenas si queda ya nada para la solución!

Ayuntamiento de Madrid



EL
AGUA DE COLONIA AÑEJA

no es sólo un perfume.

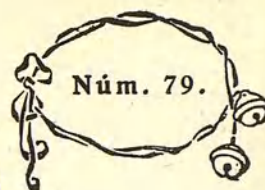
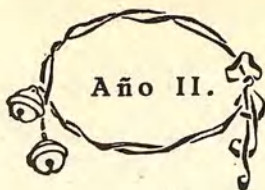
Mezclada con el agua de lavarse

es un tónico para la piel.

Frasco 2.50

PERFUMERIA GAL

MADRID



Intimididades de los grandes hombres y de las grandes mujeres

UNO DE LA CAROLINA DICE COSAS MUY INTERESANTES DE D. NICETO ALCALÁ-ZAMORA



ESTE vecino de La Carolina (provincia de Jaén) ha votado a D. Niceto en todas las elecciones. Y tiene por el ilustre jefe del partido nicetista una devoción que es como para incorporarla a la historia de los mártires cristianos: cuando habla de D. Niceto, se le ponen los ojos en blanco. Yo tenía que gestionar el regreso a la Península de un soldado que no es de cuota, y me fuí a buscar al de La Carolina.

—¿Se le puede hacer esta recomendación a don Niceto?

—¡Hombre! A don Niceto se le puede hacer todo, porque él puede hacerlo todo. Lo que me deja meditativo es la duda sobre el lugar donde se le debe plantear este asunto.

—Yo creo que lo más cerca posible de él, para que lo oiga.

—No; lo digo, porque don Niceto es inflexible y ha dicho que en el Ministerio no tratará más que los asuntos militares, y en su casa los asuntos políticos; de tal modo, que si una persona va a hablarle de una cuestión militar y de otra política, le tiene que hacer dos visitas: una en su casa y otra en el Ministerio. Don Niceto es más ordenado que un reloj de torre.

—Bien. Como se trata de una recomendación de un amigo político, iremos a su casa.

—Sí; pero es que la recomendación se refiere a un militar, y acaso corresponda, por tanto, ir a verle al Ministerio.

—¿Y si le habláramos en un banco de la Castellana?

—No me parece correcto.

—Bueno. Entonces, ¿tan inflexible es don Niceto?

—Más que un sombrero de copa. Cuando emprende un camino, sigue por él aunque se estrelle. Se ha propuesto formar el partido nicetista y salvar a España, y hasta que no lo consiga no para. No vive

ni duerme, atontolinado por su idea, que se le ha metido a berbiquí entre ceja y ceja.

—¿En la vida del hogar también tiene esa preocupación?

—Le digo a usted que no existe para él otra cosa. Se levanta temprano, por si llega la hora del nicetismo, para que le coja vestido. Y pasea monologando por el patio de su hotel. ¿Usted no le ha visitado nunca?

—No.

—Pues tiene un hotel muy bonito, con un patio mitad estilo árabe y mitad estilo español del siglo XVII, que hace un conjunto *muy almacenes Rodríguez*. Uno de los criados llevó un canario y lo

puso en el patio. ¡Cómo se indignó don Niceto! Creyó que había sido una mala pasada de Romanones. Despidió al criado, y el canario cayó aquel mismo día en el cocido. En la casa no consiente que haya más animal que un perro roncoco, al que le ha puesto *Don Melquiades*.

—Estará orgulloso de sus facultades oratorias.

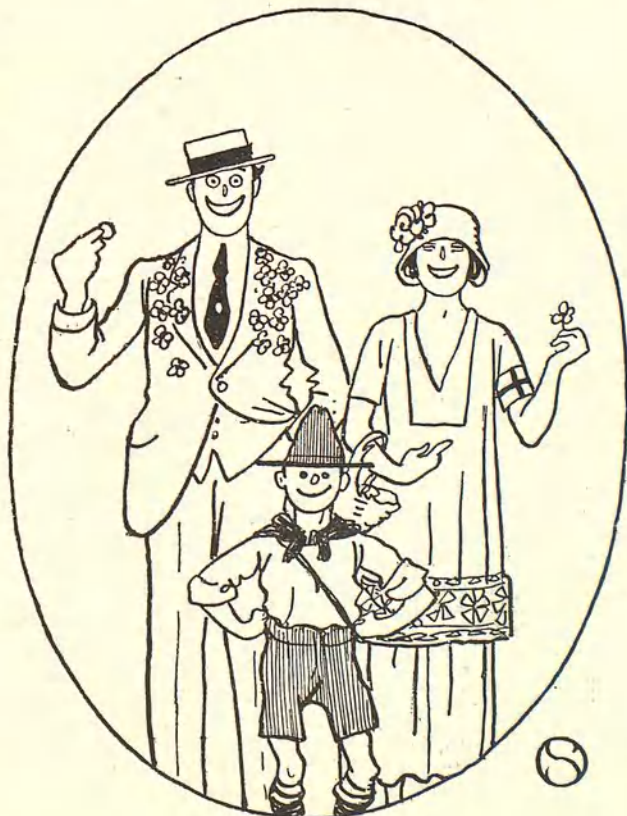
—Lo está. ¡Hay que oírle! Es un hombre al que le brotan los párrafos como las hojas en primavera. Si pide la sopa, le sale un trozo ciceroniano que da miedo. Si quiere ponerse una camisa limpia, le brota un chorro a lo Demóstenes. Para decir que le están estrechas las botas, se inspira en Mirabeau. ¡Es un tío!

—¿Apacible de carácter?

—Mantecoso. No hay más que dejarle hablar para que el hombre se entregue. La manera de conseguir de él algo es dejarle que hable. Con este procedimiento, hasta se le puede pedir dinero.

—¿Y lo da?

—Suele negarlo. Ya le he dicho que es muy serio. Ahora alterna su preocupación por el éxito del partido nicetista con una fiebre belicosa de primer orden. Hace que se le presente todas las mañanas la servidumbre en columna de a cuatro, ordena el despliegue por la izquierda en línea y monta el frente en guerrilla. No hace caso de los considerandos y resultandos, que tanto triunfaban en su bufete, y en cambio, desde la rendición de Troya y el paso de las Termópilas, hasta la conquista de Tazarut, no hay hazaña guerrera que no le embelese. Es triste que un hombre de tan buenas condiciones sea tan perseguido. No le dejan traer diputados, no le consienten que modifique la táctica militar, no le toleran que resuelva el problema de Marruecos. No quieren más que arrinconarlo. Alba lo ha dejado a media correspondencia en esto de Marruecos, es decir, de cada car-



Dib. SILENO. — Madrid

ta que se recibe de Tetuán o de Melilla, le envía la mitad.

— ¿No tiene debilidades? Alguna tendrá.

— ¡Pschl! Como fué oficial del Consejo de Estado, le gusta, los días de buen humor, ir a aquella oficina y hacer de covachuelista. Así les dice a sus colegas: «¡Hay que ver!... Yo podía ser insig-

nificante como ustedes, y ¡hay que ver lo que soy!» Aparte de esto, no sé otra cosa de él. Se baña todas las semanas, y en la mesa hace bolitas con las migas de pan, en lo que perora con su elocuencia irrefrenable. Viste trajes oscuros, y no se ha rizado en la vida el bigote.

JOSÉ VENEGAS



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Está usted seguro de que son sevillanas?
— Sí, señor. Tan sevillanas como las dos pesetas que me da usted para cobrarme.

EUTRAMELIAS CAMELIPÓMENAS

BERÚLEZ ATRAVIESA UNA MALA SITUACIÓN

De Berúlez sólo sabía que era un formidable polemista de café.

Lo veía en los cenáculos más absurdos, con su traza quijotesca, defendiendo — ¡uh, la la! — terribles teorías camelipómenas sobre el color y la línea.

Un día, en casa de un amigo, vi un cuadro de sombría intensidad, sin firma. Se trataba de un túnel.

— ¿De quién es esto? — pregunté.

— ¿De quién va a ser? De Berúlez — me respondieron —. El pobre anda muy mal de dinero y me lo ha querido vender.

Un día nos presentaron, charlamos — ¡alto honor el de charlar con Berúlez! —, y a los pocos días volvíamos a charlar.

Después de haber andado a la deriva por las calles e instigarle, se espontaneó. Berúlez, ahí donde usted lo ve, es un incomprendido. De un lado, el aislamiento, la falta de aliciente que tiene para trabajar el que como Berúlez es un tanto orgulloso; después la penuria económica... Y es una lástima... Berúlez está perdido.

Hay dos cosas que la mayoría con-

funde y que son completamente opuestas: el poeta y el artista. (Escuche usted a Berúlez.) El poeta, que siente, que ve las cosas y los hechos de un modo noble y puro, de un modo romántico, que da una forma sincera al pensamiento; el artista, que lo metamorfosea y que sabe mercantilizar la obra de arte... ¡Ah! Berúlez ha hablado...

Hay quien es más poeta que artista y quien logra nivelar las dos cosas... Berúlez pertenece a los primeros. Esto es indudable; de ahí su situación.

Pero a pesar de esa lucha continua para resolver el problema diario, Berúlez trabaja con fe de iluminado. Para él, como para todos los verdaderos poetas, su arte es un desahogo espiritual, y sin él no podría vivir.

Por esto sus cuadros están grandemente influidos por su vida y tienen una gran sinceridad emocional en asuntos bien resueltos.

Aquel cuadro que vimos en casa del amigo lo titula *Churros a la luz violada*, y ante él se siente una lástima enorme por aquellos pobres churros vistos a través de unos lentes del color de los sobres comerciales.

— Vea usted — me dijo ante este cuadro de los churros —. ¿No se siente ante él la rebeldía impotente y amarga que dan los hechos nefastos, cuyo curso nos es imposible torcer, porque ya estaban francamente trazados por el Destino?...

— ¡Hombre, Berúlez! ¿Qué dice usted? — me he limitado a contestarle.

He ido a su casa, humilde vivienda en donde carece hasta de lo primordial para su trabajo, con lo cual dicho queda que Berúlez ahora no pinta nada, y he visto otro cuadro: *Kamarrupa*. Es de una lúgubre sentimentalidad. Berúlez es un enamorado de la muerte, sí, señor, en su sentido religioso y panerístico, y ha plasmado en ese cuadro algo de sus tenebrosas inquietudes ante el *más allá*.

— Mire, mire — me dijo —. A ver si esto no es una sinfonía macabra que recuerda la descripción que en uno de sus cuentos hace Bécquer de aquel escalofriante *Miserere* cantado a media noche en la desolación de unas ruinas por voces de ultratumba, mientras lúgubremente gemía el viento a lo lejos...

Kamarrupa es un cuadro estúpido, con el cual puede un buen burgués adornar, por ejemplo, el testero más grande de su comedor...

Luego otros cuadros como *Renacuajos espasmódicos*, *La sonrisa del estiércol*, *Nereida hiperbórea* y *Sibila de las Ventas*, nos han convencido del todo.

Sí, señor. Le he mirado despacio y le he dicho:

— ¡Berúlez, querido Berúlez, que le frian a usted un galápagol...

TRISTÁN ALEGRÍA

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL BAILE



Los enemigos del baile, como los enemigos de la filoxera, son incontables. Forman una legión nutridísima y aguerida. Sus sociedades secretas, organizadas en triángulos, son las que envían a los bailes esos pollos ojerosos que se pasean por el salón, con las manos metidas en los bolsillos, bostezando y diciendo al oído de todo el mundo, alevosamente: «¡Qué aburrido es esto!»

Si fuesen personas independientes, se habrían marchado ya del baile; y no que siguen allí, cumpliendo el sagrado compromiso sectario de decir que se aburren.

Los enemigos del baile son los que lanzan diatribas y ridiculizan, por todos los medios posibles, cualquier amena danza exótica que la moda ponga a nuestros pies.

Su furia es terrible; pero más terrible es su secreto, la razón de su enconada fobia.

Todo enemigo del baile es un hombre que ha querido aprender a bailar sin conseguirlo. Este es su secreto, el horrible secreto de la impotencia más humillante.

Ninguno se atreve a confesar su derrota, y quiere aliviarla con la calumnia y la difamación.

El paso del camello, por ejemplo, ¿no es la indignación en tres actos de un hombre que no sabe bailar?

Yo no sé bailar a pesar de haberlo intentado repetidas veces. Lo confieso, y esta insólita confesión revela la nobleza de mi carácter. Ninguno de mis amigos sabe bailar, excepto uno, que aprendió de resultados de un accidente de motocicleta, y con todo, no niegan a nadie los infructuosos esfuerzos hechos para conseguirlo.

Hay que desenmascarar a los enemigos del baile, hacién-

doles reconocer que éste es un arte difícil que no está a la altura de todas las inteligencias.

Esos saltos de carácter epiléptico, esos graciosos golpes con los talones, esas languideces repentinas y esos traspies intencionados, suponen un duro ejercicio y un acendrado amor al baile, que da fortaleza contra el desaliento y desmayo de los fracasos primeros.

Suponen un estudio profundo. Hay que combinarlos al son de la música, darles una oportunidad y un ritmo de que no son capaces los espíritus vulgares.

Yo hice ese terrible aprendizaje, hasta que un día, por fin, me convencí de mi inutilidad.

Recuerdo que fué en Niza una tarde de Carnaval.

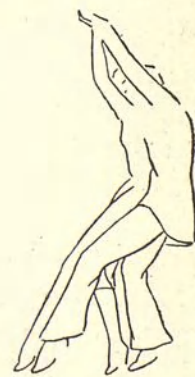
Las notas de un *fox-trot* infundieron en mí un verdadero vértigo. Cogí a una muchacha por el talle y me lancé con ella por entre la multitud.

La pisé varias veces seguidas, sin que ella hiciese ostentación de su dolor.

Esto me animó bastante. Adquirí nuevo impulso pisándola y pisando asimismo a las demás parejas. Apenas si ponía mis pies en el suelo; los dejaba deslizarse, sin el menor propósito, sobre los pies de los bailarines, de los bastoneros, de los mismos camareros y a veces sobre los de los espectadores que estaban sentados merendando.

Sin duda por esto, las parejas comenzaron a sentarse, aunque la música seguía. Quedaron muy pocas parejas. Entonces me vi obligado a bailar con más detenimiento, ya que el público clavaba sus ojos en nosotros.

La muchacha estaba azoradísima. Se demostró entonces la





disparidad de nuestros caracteres. Si ella daba la vuelta, yo me quedaba quieto, golpeándome artísticamente un pie con otro. Cuando ella echaba para un lado, yo me obstinaba en dirigirme al contrario, haciendo con los pies un precioso trenzado.

Si ella levantaba una pierna, la zarandeaba yo para dar unos pasos temblones.

El interés de los espectadores crecía.

Comprendí claramente que en aquellos instantes se decidía mi suerte de bailarín.

Cuando me propuse iniciar un nuevo paso noté con asombro que la chica no se movía.

— ¿Qué hace usted? — le pregunté nervioso. — ¿No baila?

— ¡Oh!... ¡No puedol... — me contestó con lágrimas en los ojos.

La empujé varias veces sin resultado. Parecía estar clavada al suelo.

— ¡Por Dios, por Dios! — gemía. — ¡No me atormentel...

— Pero ¿qué pasa?

— ¡Los pies!... ¡Sus pies!...

Miré, y, efectivamente, la muchacha no podía dar un paso.

Yo, con mis dos pies sobre los dos suyos, la impedía moverse.

No bien me apresuré a libertarla, se separó de mí, sin despedirse siquiera, y se fué a sentar en una silla, sin acceder a dar un paso más.

Comprendí mi derrota definitiva. Salí a la carretera, tomé un tranvía y volví a la Puerta del Sol.

Desde entonces han sido inútiles mis esfuerzos de redención. Mi familia ha renunciado a llevarme a dar los días a nuestras amistades, porque siembro el pánico entre las muchachas. Puede decirse que soy el terror de los salones.

Una muchacha bailará conmigo una vez si la cojo incauta o desprevenida. Una vez nada más. A la segunda, me dirá que tiene novio, que tiene comprometido aquel baile precisamente, que no sabe, que está enferma, que su mamá se lo tiene terminantemente prohibido o que ha hecho promesa. Y eso que sólo me atrevo a invitarlas cuando tocan un *paso doble*, que es casi mi especialidad.

Pero no por esto hablaré nunca mal del baile. La calumnia, la perfidia y el despecho no tienen cabida en mi corazón.

José LÓPEZ RUBIO

Dibujos de Rapha.



EL DESCUBRIMIENTO DEL SIGLO LAS MEMORIAS DE ADÁN

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Estoy abrumado, estoy estupefacto, estoy loco. Apenas sé lo que me hablo ni lo que me escribo. Desde ayer por la mañana, que recibí una carta procedente del Asia occidental, un servidor no es un servidor: es un primo lejano de un servidor. Me parece que esto está algo oscuro; pero la emoción me priva del discernimiento y me paraliza la volición. ¡Madre mía, qué frase!

Me explicaré lo mejor posible.

El caso es que un amigo mío, británico él, inteligentísimo él y algo tartamudo él, antiguo compañero de fatigas de lord Carnarvon, y que ahora dirige unas investigaciones arqueológicas en Armenia, me ha enviado un documento escachufante.

Así: escachufante, apabullante, piramidal, y conste que no hiperboliqueo. El documento en cuestión no es más que *Las memorias de Adán!*... ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Y eso?

¿Quién ha tenido la suerte de poseer algo semejante? ¡Nadie; nadie más que yo, que tengo una pata como para servirle con guisantes!

El documento, la maravilla ignota más asombrosa que se puede uno echar a la *effigies*, es copia de cierta pared de una gruta cuaternaria, descubierta cerca de Van, allí donde el Eufrates, el Tigris, el Fares y el Araxes forman, uniendo sus aguas, unos parajes de ensueño.

¿De ensueño? Es poco. ¡De modorra pertinaz!

Naturalmente, mi amigo me ha enviado el documento redactado en el idioma que suele emplearse en Picadilly y en la acera derecha de Bond Street. Pero yo, que hablando el inglés me quedo solo — en la más completa soledad —, he traducido el escrito a mi lengua nativa para regodeo y solaz de quien tenga el buen gusto de deletrear estos renglones. ¿He dicho alguna cosa? Pues ahí van *Las memorias de Adán*.

EN EL EDÉN

En la tercera tiniebla de mi pataleo por la arena del Paraíso (1).

(Se ven a continuación unos dibujos prehistóricos que representan una cierva, un mono y un canguro, pintados en rojo, y un banco rudimentario de dos pies, pintado en azul. Los dos últimos animales aparecen subidos en él; el único que no está en el banco azul es la cierva. Más abajo dice así:)

Soy Adán. Me aburro de una forma extraordinaria, y he pensado en ir poniendo en esta pared todo cuanto me suceda para divertirme unas miasmas. Esto es de una monotonía que desnubre.

(1) En la inscripción jeroglífica del muro de la caverna se encuentran, en primer lugar, estas líneas. Constituyen, indudablemente, una fecha: la primer fecha del mundo. Por *tiniebla* se entienda *noche y día* diferentes.

Me paso las tinieblas abriendo la boca de aburrimiento; de vez en cuando como plátanos o higos, o cualquier tontería semejante. También me cuelgo de los árboles y me balanceo: esto me divierte algo. En ocasiones me echo al río y nado. En cuanto se retiran las tinieblas me apedreo con los monos. Asimismo me distraigo gateando por el cuello de las jirafas, apostándome con los orangutanes a ver quién llega antes a las orejas.

Pero, en general, me aburro muchísimo.

En la cuarta tiniebla.

Ya hace cuatro tinieblas que estoy pataleando. El aburrimiento crece.

Hoy he tenido una bronca con un elefante; cuando me iba a dar un trompazo, un cocodrilo ha terciado en el jaleo y la cosa no ha pasado a mayores.

Afortunadamente, tengo la amistad del diplodocus (1), que es el que aquí ordena y manda, pues es el más bruto de todos los compañeros (2). El diplodocus padre me quiere mucho, porque acaricio con frecuencia a los diplodoquitos, que me hacen mucha gracia.

No puedo acostumbrarme a ver cómo mis compañeros tienen todos su hem-

(1) En la caverna ponía «caballo gigante». Se ha supuesto que fuese el *diplodocus*.

(2) Por compañeros se entiende los animales que llenaban el Paraíso.

bra y yo estoy más solo que un hongo huérfano.

Una orangutana se me declaró anteayer; pero la he calabaceado porque no es mi tipo. Me he enterado de que está liada con seis monos y que a más de uno le ha dado un mico. Entre los conejos de Indias se susurraba ayer que también está conglomerada con un oso pardo manchado de negro que es un conquistador irresistible. La creo capaz de todo; es coquetísima.

En la sexta tiniebla.

Estoy muy contento. He hablado (1) mucho rato con un loro viudo que me estima bastante. Me quejaba yo de no tener hembra compañera como los demás inquilinos de este parque de recreos, y el loro me ha dicho que no me apure, que el Señor que nos gobierna y dirige no tardará en dármele, porque ningún ser está libre de ese castigo.

¡De ese castigo! Le he pedido una explicación al loro, y me ha contestado:

— Sí, hombre. Todas las hembras resultan con birrieces anímicas. Ya ves mi cotorra: al principio todo se le volvía decirme ¡Lorito real!, ¡Chocolate al loro!, ¡Dame la patita!, y otras finezas semejantes. Al poco tiempo comenzó a llamarme ¡Borracho! Y luego se me fué con otro loro que tenía más plumas... ¡La de todas!

Mi amigo ha meneado la cabeza tristemente, añadiendo:

— Y no siguió ahuecando el ala, porque hincó el pico...

La conversación con el loro viudo me ha dejado muy pensativo.

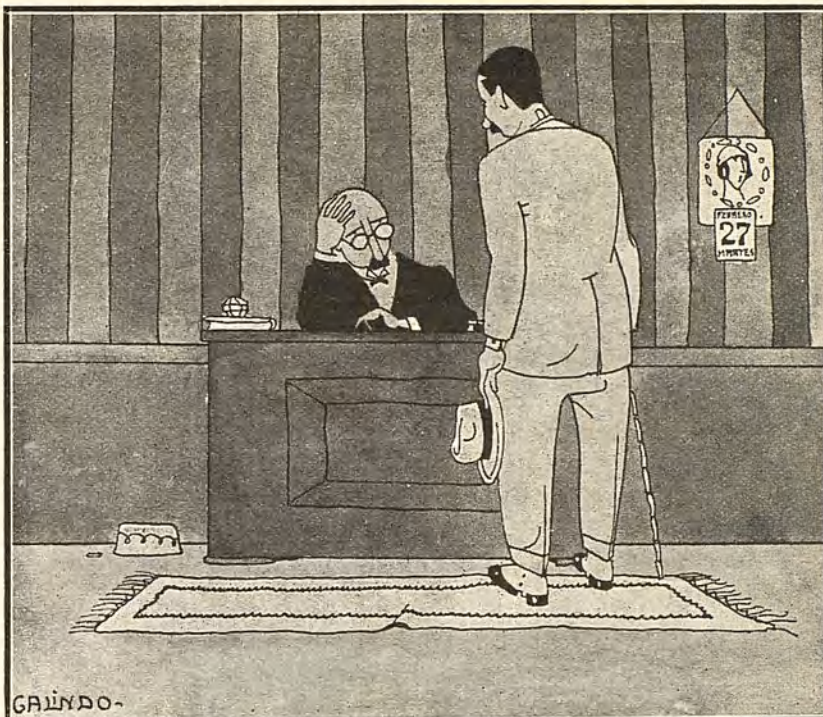
En la décima tiniebla.

Hace cuatro tinieblas que no pongo nada en la pared, porque he estado entretenidísimo. Al acabar la séptima tiniebla y despertarme, encontré al lado a mi hembra. Todos los compañeros la saludaron muy contentos y, sobre todo, muy admirados. La orangutana que tiene un lío con el oso pardo — ya he comprobado la conflagración —, engarabataba los dedos de envidia al verla. Mi hembra se llama Eva y habla muy claramente. Es preciosa. ¡No tiene lanas en los hombros! (2). Estoy embelesado. No me canso de mirarla y de hacer comparaciones (3). Es más pequeñita que yo y tiene las piernas más delgadas. Cuando corre mucho se cansa y se le levanta el pecho un poquito varias veces. Muerde con bastante suavidad. No me canso de abrazarla, y tengo que

(1) En este documento se ve que Adán entendía el lenguaje de los animales, y se explica así el que Eva entendiese lo que decía la serpiente respecto al árbol del Bien y del Mal.

(2) Es cosa sabida que la primitiva pareja, por tener que vivir a la intemperie, estaba cubierta de lanas para preservarse de los rigurosos elementos.

(3) Siguen en el documento algunas frases que no traduzco por miedo al señor fiscal. El juicio del lector o de la lectora sabrá adivinarlas.



EN LA COMISARÍA

Dib. GALINDO. — Madrid.

— Tiene usted que pagar una nueva multa por haber atropellado con su automóvil a un niño; pero, en atención a que ha atropellado a doce personas este mes, y, por tanto, ha pagado doce veces, procuraremos hacerle una rebaja.

hacerlo muy fuerte para que no sienta una enfermedad muy divertida que se llama cosquillas. Es muy lista. Se mira en el agua con gran frecuencia. Sabe muchas cosas que yo ignoro, pero no confieso mi ignorancia para hacer buen papel.

En la vigésima tiniebla.

Estoy muy contento con Eva. Nos divertimos mucho. El aburrimiento que sentía hace varias tinieblas me parece que no ha existido nunca.

En la vigésima cuarta tiniebla.

Tengo un gran disgusto. Un orangután ha cogido en brazos a Eva y se la ha llevado a la espesura. He avisado al diplodocus, y éste de un pisotón ha eliminado al raptor, sin que el rapto haya tenido otras consecuencias. Pero el disgusto me lo he tragado íntegro.

En la vigésima octava tiniebla.

Rabio de desesperación. Eva me está tomando la cabellera. Se hace guiños con todo bicho viviente.

He eliminado, con ayuda del diplodocus, a treinta y siete rivales. No sé qué hacer. Estoy de Eva hasta seis palmos por encima de la coronilla. Preveo que

le voy a tener que sacudir un garrotazo.

En la trigésima novena tiniebla.

Eva es una criatura adorable. Cada tiniebla nos queremos más. La pobrecita no hacía guiños con mala intención; es que tenía un tic nervioso en un párpado. Esto me ha tranquilizado por completo.

En la cuadrigésima tiniebla.

Diversas broncas con varios compañeros que creen ver en el tic de Eva una... invitación al vals.

En la cuadrigésima tercera tiniebla.

Siguen las broncas a causa del tic.

En la cuadrigésima quinta tiniebla.

Más broncas todavía por el tic del párpado.

En la cuadrigésima sexta tiniebla.

Crecen las broncas por el tic.

En la cuadrigésima octava tiniebla.

Cojo a Eva y la doy un mamporro en un ojo para evitar el tic. Cesan las broncas.

En la cuadrigésima novena tiniebla.

Hoy me ha dicho la pobre Eva que comiendo manzanas seremos igual que el Señor. Me parece una trola de la serpiente.

En la quincuagésima tiniebla.

Eva insiste en lo de las manzanas. Lo dudo.

En la quincuagésima primera tiniebla.

Eva asegura formalmente que seremos igual que el Señor. No me atrevo a creerlo.

En la quincuagésima segunda tiniebla

Eva vuelve a insistir con rotundidad.

Lo creo; pero no tengo arrestos para deglutir la manzana que Eva ha arrancado del árbol.

En la quincuagésima tercera tiniebla.

Parece ser que eso de la manzana es cosa cierta.

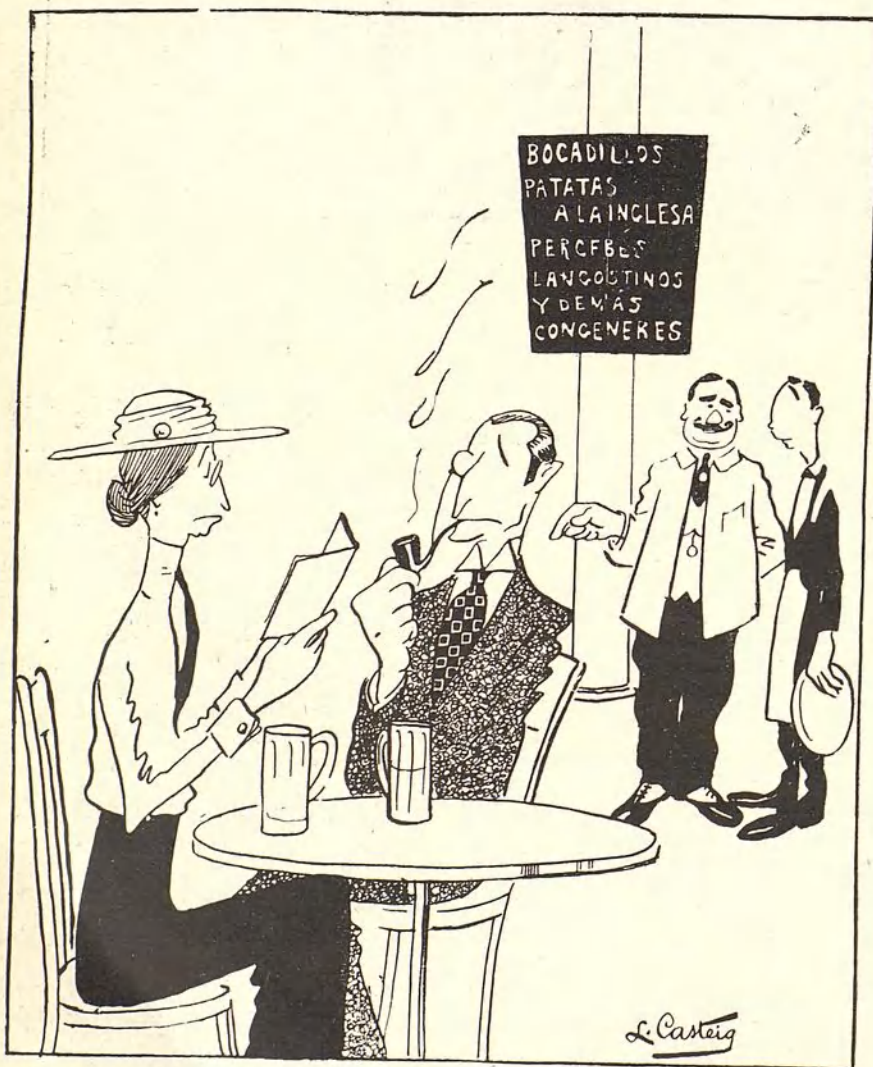
En la quincuagésima cuarta tiniebla.

¿Qué nos pasará? Eva y yo nos hemos hinchado de manzanas. Espero el cambio que ha de sobrevenir en mí. ¡Ah! Seme olvidaba... ¡Las manzanas no me gustan!

El traductor del inglés,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(Continuará.)



UN CAMARERO INEXPERTO

Dib. CASTEIG. — Alicante.

— Pero, hombre, de esa mesa están llamando hace un rato. Vaya usted y sirva un plato de patatas a la inglesa.
— ¿A la inglesa?... Muy bien. Y al inglés, ¿qué le sirvo?...

MÁS ZUÑIGADAS

Al salir de San José, en un cortejo nupcial, al novio, señor formal, robáronle... no sé qué. ¿Boda y robo? ¡Carambola! Dice bien doña Pancracia: «¡Cuando viene una desgracia, casi nunca viene sola!»

De Tarancón llega Tito y me dice: — Señorito, he venido de mi pueblo, con el fin de ver si amueblo la casica a mi Agapito, que va a unirse por San Blas con una moza de arraigo, y pa mercarme además varias cosillas que traigo en un papel apuntás. Ya he compraó pa Luis Aldama el que es ingeniero agrónomo, un libro y canela en rama, y un biberón pa el ecónomo, o, mejor dicho, pa el ama. Y sólo me quedará sin comprar un sombrero pa mí.

— ¿Por qué?

— Pus... por na, porque me dejé olvidá la medida en Tarancón!

Mi viejo escribiente López no suele tener en cuenta que se ha convertido en blanca su antes rubia cabellera, y cuando se mancha un dedo de tinta, se lo restriega, según costumbre, en el cráneo, y así tranquilo se queda, sin ver, creyéndose un pollo, que, lleno de manchas negras, resulta su corto pelo igual que el de una pantera. Tenlo presente y varia de impulsos cuando encanezcas porque, según Pero Grullo, la juventud no es eterna.

— ¿Adónde vas, Sacramento?

— A comprar ese instrumento que termómetro se llama, para si cae Juan en cama, tomarle el temperamento.

Aunque son plaga enojosa que exprime nuestros bolsillos, yo socorro a los chiquillos; sobre todo a una mocosa que con aire zalamero me dice en cuanto me ve:

«¡Una perra, que es usté muy guapito, caballero!»
¿Y cómo el gusto me quito de darle lo que suplica, cuando es la primera chica que me ha llamado guapito?...

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

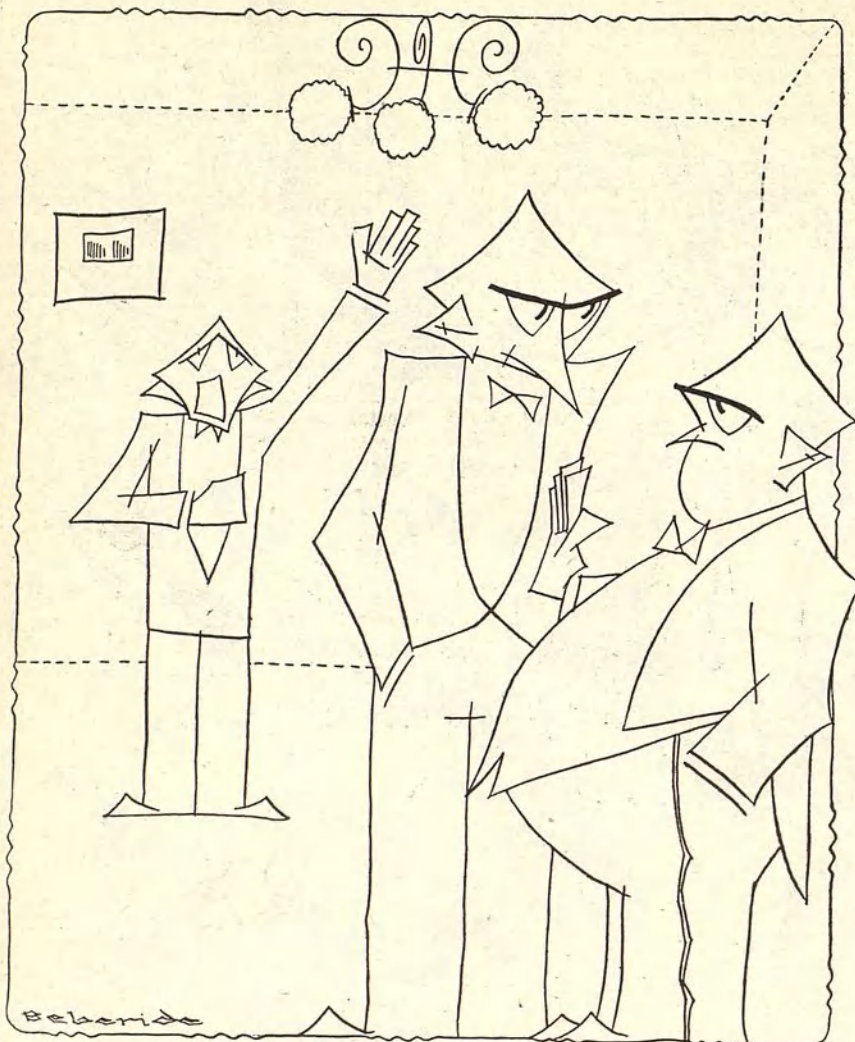


SERRANA

Dib. BELLÓN. — Madrid.

HABLA EL DIBUJANTE. — ¡Para qué poner un pie gracioso a este dibujo, con tan buenos golpes como tiene!...

Ayuntamiento de Madrid



MAS NUEVOS RICOS

Dib. BEBERIDE. — Madrid.

- ¿Qué es lo que canta ese individuo?
- El Adiós a la vida.
- No diga usted más. Yo pago el entierro.

VIDA Y MUERTE DE JACOBO MECACHIS

Jacobito Mecachis (aunque ustedes lo duden este apellido existe, y de la misma manera que ustedes habrán oído el apellido Villapadierna en treinta ocasiones, yo he oído Mecachis en diez), pues, como iba diciendo y he dejado de decir para hacer esta aclaración, y ahora vuelvo a decir de nuevo, Jacobito Mecachis era un pollo *bien*; mejor dicho, muy bien; o mejor dicho todavía, superiormente bien. Algo borracho, pero honrado; no había pegado jamás una bofetada, tal vez porque antes de que se decidiera a ello ya le habían atizado a él dos o tres. En sus chicleos al bello sexo jamás pasaba de las académicas

frases de «¡Ole los cuerpos serranos!», «¡Vivan las carnes frescas y saladas!», o «¡Me tiene usted más loco que Maura en el año 1909!» Pagaba al casero puntualmente, y cuando tuvo necesidad de dejarle de pagar, se lo avisó por carta, y con una cortesía y una finura tan extraordinarias, que el casero, que pensaba pegarle un tiro, no le pegó más que catorce bastonazos. No iba a la oficina para no molestar a los compañeros con el espectáculo de su laboriosidad, que les obligaba a trabajar a ellos también para no hacer mal papel y les ponía de mal humor. Para hablar con un guardia se quitaba el sombrero, y para hablar

con el director de Seguridad se arrancaba los pelos, porque él opinaba que según la importancia del interlocutor así debía uno quitarse cosas de la cabeza; manía que nos hizo pensar a sus amigos que si un día hubiera tenido que dialogar con el obispo de Sión se habría decapitado y hubiese hecho la visita con la cabeza sobre un plato de Talavera. Una vez que le dieron en la taquilla del teatro de Eslava una butaca de primera fila, en el momento de acomodarse (y ya comenzada la representación) se volvió hacia el público que llenaba el teatro (por casualidad) y dijo con voz tonante: «¡Ustedes me perdonarán que les vuelva la espalda!»; galantería que completó después dirigiéndose a los actores con esta otra frase no menos gentil: «¡Dispénsenme que les haya interrumpido con mi observación; pero pueden ustedes continuar, que les escucho con mucho gusto!»

Pero donde la finura y el respeto al prójimo de Jacobito Mecachis llegaba al colmo era en la vía pública y con motivo de su estricta observancia de las ordenanzas municipales. No escupía más que en el pilón de la fuente de la Cibeles; cuando andaba por las aceras llevaba siempre la mano derecha, en lo cual era el único; porque ustedes, como yo, llevarán la derecha y la izquierda, salvo los que, por desgracia, sean mancos. Un día que iba a cruzar la calle de Alcalá se detuvo un tranvía para dejarle paso, y tuvo la amabilidad de decirle al coche eléctrico: «¡De ninguna manera: usted primero!» Otro día que un transeúnte le pisó en un callo, haciéndole ver íntegro el sistema planetario, dijo al transeúnte con una sonrisa mucho más seráfica que las que gustaba San Miguel Arcángel: «¡Perdóneme, caballero, que haya metido mi pie debajo del suyo!» Y, en fin, ¿a qué seguir? Llenaría cien tomos y doscientos tomos con la narración de las cosas de Mecachis, y ustedes se cansarían leyéndolas y a mí se me dormiría la mano de escribirlas, o el pie, si les parece a ustedes mejor.

Este hombre colosal, que cuando se casó no pidió la mano de su novia porque no se dijera que era un ansioso, y se limitó a pedir el dedo gordo... Este hombre formidable, que cuando se purgaba con Carabaña decía «¿Ustedes gustan?» a las personas que tenía cerca... Este hombre que en el *water-closet* le decía a la taza: «¡Supongo que perdonarás lo que voy a hacer contigo, que es una cosa feísima; pero has de comprender que no tengo más remedio!» Pues este hombre único, extraordinario, inefable, abstracto y desconcertante, tuvo la desgracia de morir un día. Por supuesto, que esa desgracia la tendré yo también, porque estoy seguro de que también me moriré un día... Y también estoy seguro de que ustedes lo sentirán mucho...

Jacobito Mecachis, que era un humo-

rista sin saberlo, había tenido la precaución de hacer un testamento en el que decía: «Siento en el alma no dejar un perro gordo a mi pobre esposa, aunque me consta que me quiere tanto que el día que yo me muera cogerá una perra...»; y la Parca, al ver que Mecachis tenía ya arreglados todos sus asuntos, resolvió quitarle de en medio con limpieza y brevedad.

Referiremos su última hazaña antes de llorar sobre su cadáver.

Jacobito era un respetuoso acatador de los rótulos prohibitivos que veía en las calles, en los teatros, en los tranvías, en el Metro... El *Se prohíbe el paso*, el popular *No se permite fumar*, el terrible *Prohibido apearse en marcha*, el formidable *No se permite hacer aguas bajo pena de la vida*, eran para él artículos del código o mandamientos de la ley de Dios. Un día pasaba junto a una zanja abierta para las obras del Metro y vió un cartelito colocado sobre unas tablas, en un promontorio de tierra sucia y a bastante altura.

Mecachis era un poco corto de vista y no pudo leer bien lo que decía el rótulo. Se intranquilizó, se puso nervioso y perdió el apetito. Si no leía la indicación, mal podía cumplir con lo ordenado en el cartel; pero por más que se empinaba sobre sus pies no entendía ni jota de lo escrito allí. No vaciló, no obstante, ni dos minutos más, y se subió sobre las tablas susodichas para poderlo leer; pero como para leer cómodamente no hay más que las bibliotecas, resultó que las tablas cedieron al peso de su cuerpo y Jacobo se precipitó de cabeza en un pozo, lo que quiere decir que subió al cielo en el acto, aunque el camino no era el más a propósito, por lo que supongo que daría un pequeño rodeo.

El cartel colocado por la Empresa del Metro decía lo siguiente:

Se prohíbe subirse sobre estas tablas, porque hay inminente peligro de un accidente grave.

ERNESTO POLO

sobre viene escrito a máquina o en una letra que no recordamos, es la más adorable antes de averiguar su contenido. En ella se esconde, tal vez, nuestra paz para lo futuro. En ella viene la melosidad de una admiradora o la negativa de un editor. En ella está el veneno, la miel, el vermicel o el digestivo de nuestro delicado sistema nervioso. La carta que no se espera, la que nos alucina con su misterio, no ha tenido, que sepamos, su poeta... Y eso que es tan prometedor. Y tan amenazadora. Y tan desilusionadora. Bienaventurados los que reciben carta todos los días, porque de ellos es el reino de la vida...

Cuando tenemos veinte años, esas cartas las rasgamos presurosos, impacientes, confiados. Diez años más tarde, por lo general, yacen entre las manos unos instantes, perplejas, cautelosas, como equipaje detenido en una aduana. Halagan y asustan. Al cumplir los diez lustros, muchos hombres cogen la carta lentos, y se la meten en el bolsillo, sin abrirla. «Más le interesa, de seguro — se dicen —, al que la ha escrito, que a mí...» Una amarga experiencia les afirma que, a esa edad, la pluma de los remitentes, en vez de dar, pide. Pluma fementida, que ya no sabe volar, sino clavar...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

BAGATELAS

NUESTRAS AMIGAS LAS CARTAS

Una de las pocas alegrías reservadas al hombre, y que no cuestan dinero, es la de recibir carta. Todos nosotros, cuando en la calle, al salir de casa, nos encontramos al cartero, le preguntamos con impúdica agonía: «¿Tiene usted algo para mí?»; interrogación que sería más pertinente si la hiciéramos a una mujer.

Todos los que no tienen apartado especial en Correos, conocen la voluptuosidad de esperar siempre carta y de recibirla alguna vez. Diréis que ésta es una alegría pequeña. Concedido. Pero con muchas alegrías así, menudas, finas, tejemos la otra, mayor y más comprometida, de ir viviendo... Aparte de que es ya vieja la preponderancia del aroma sobre el tamaño, y de la calidad sobre la magnitud.

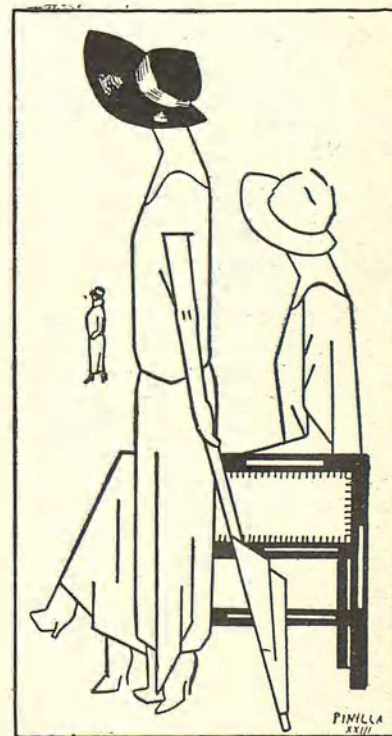
Decíamos, pues, que el recibir carta, sea de quien fuera, colma de infantil complacencia. Pocos son los que escapan a semejante expansión del ánimo. Lo divertido es observar cómo se conduce cada temperamento frente a la cerrada misiva... Porque si para las gitanas existe un «arte de echar las cartas», para ciertos glotones del espíritu existe otro, no menos serio, de abrirlas.

Hay quien rasga la neta o sobrescrito brutalmente, introduciendo el pulgar en un momento de impaciencia, con sádico ímpetu. Otras personas, en cambio, antes de abrir la carta, miran y remiran con lentitud de experto, con prolijidad sibarítica, el matasellos, la letra de la dirección, al tamaño y aun el color del

sobre, queriendo adivinar la mano amable que les manda una buena noticia, o el pulso alterado que tembló al estampar la malaventura inesperada. Todas las cartas, por venir de lejos, traen algo del misterio que susurra en los horizontes, allá lejos, donde se están fraguando las adversidades y los triunfos; las cartas amorosas que piden respuesta, y las cartas febriles que piden dinero.

Prescindiendo de las epístolas que podríamos llamar de trámite, epístolas de familia, todos cuyos párrafos vienen a ser idénticos, y sólo ofrecen la diferencia orientadora de la fecha, no hay carta que no trace en nuestra fatigada frente de adultos la retorcedura de una interrogación. «¿Qué querrá este pájaro?», nos decimos, conociendo la letra. «Hace mucho tiempo que no escribe. Algo le corre prisa...» En ocasiones surge la duda, sabrosa como un bomboncillo: «¿Quién es este buen señor que nos escribe? No caigo». La firma nos es desconocida. El hombre se disculpa por no habernos escrito antes, y en apoyo de su retraso aduce una porción de razones que, por el momento, no nos interesan. «¿Quién será?» Afortunadamente, nuestra mujer tiene una memoria prodigiosa, y a ella apelamos siempre, puesto que si practica la incorregible costumbre de registrarnos los bolsillos para leer todas las cartas que recibimos, justo y natural es que nos ayude a identificar la procedencia de algunas de ellas.

La carta desconocida, aquella cuyo



Dib. PINILLA. — Gijón.

— A aquella señora le debo muchísimo.

— ¿Te ha hecho algún favor?

— No; es mi modista.



LA ENTRADA, POR EL CONSUMO

Dib. MEN-
DA. — Madrid.

EL ENCARGADO DEL «CABARET». — ¿Y usted cree que la niña tendrá condiciones para supertanguista?

LA MAMÁ. — ¡Ya lo creo!... ¡Con decirle que se come treinta y dos bocadillos sin respirar!...

LAS COSAS DE LOS TEATROS

MESA Y MUÑOZ SECA

Bien sabe Dios que sin intenciones de molestar a ninguno de los nombrados, y simplemente por la gracia que a nuestro juicio tiene, nos permitimos referir a los lectores de BUEN HUMOR la anécdota que sigue:

Es sabido que el ilustre crítico de teatros D. Enrique de Mesa, hombre de gran cultura y escritor brillantísimo, se ha declarado en todo momento enemigo irreconciliable del saladísimo autor don Pedro Muñoz Seca. Las obras de éste exaltan la severidad del Sr. Mesa, quien en poco tiempo se ha convertido en el terror de los dramaturgos del día.

Hace poco, y con ocasión de enjuiciar una obra que se estrenó en no recordamos cuál teatro, el Sr. Mesa recordaba

con frases agresivas la labor de Muñoz Seca.

Un amigo del popular comediógrafo — dicen que el Sr. San José —, al encontrarse en la calle, hubo de interrogarle:

— ¿Has leído lo que dice de ti Mesa?

No entendió bien Muñoz Seca, y preguntó a su vez:

— ¿Quién has dicho?...

— Mesa.

— ¿Mesa dijiste?... ¡Me tienen por completo sin cuidado los juicios críticos de los muebles!

— Te advierto que en cuanto lo vea se lo diré.

— ¿Sí?... Pues añádele que si yo le parezco malo, él me parece a mi peor.

— ¿...?

— Sí; es la primera mesa que he visto con dos pies...

CRITIQUILLAS

¿Ustedes han visto la aplaudida y novísima opereta *Benamor*? ¿Sí?... Entonces no tengo para qué recomendarles que se fijen en el «buen gusto» derrochado al vestir la obra. Un empresario enemigo no acertara más exactamente en dar la fórmula apropiada para que el conjunto fuese un desastre...

Si van ustedes al teatro de la Latina — cuya compañía les recomiendo con toda seriedad —, no dejen de protestar contra el abuso del tenor Castro. Cada estrofa que canta la redondea en un interminable calderón. Es algo doloroso, porque el hombre tiene excelentes facultades... y estropea cuanto interpreta.

Da pena ver al pobre maestro Rosillo, batuta en mano y con los brazos en cruz aguardando a que acaben los espantosos calderones... ¡Da la sensación de que implora que se cante bien!

¿CUÁNDO DEBUTA?

Un empresario madrileño escuchaba hace dos o tres días los elogios que varios amigos suyos dedicaron al artista del circo Americano M. Marcelle y a su foca amaestrada.

— Canta — decían —, llora, ríe, aplaude, se viste... Es un encanto el animalito.

Nuestro hombre quedóse pensativo largo rato; al cabo preguntó:

— ¿De modo que canta, llora, ríe y sabe vestirse?

— Desde luego.

— Pues ya tengo primera actriz para este año...

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¿Es aquí donde se hacen asientos?

— Sí, señora. ¿Desea algún contable?

— No, señor; desearía me arreglaran una sillera que tengo algo estropeada.

Teatro de la Comedia

"EL DESAPARECIDO"

Comedia en cuatro actos, original de Sorsse, Clerc y Doutet.
traducida por Sr. Ignacio Alberti.



Acto 1º
Adios Carlota querida.
me voy hacia la otra vida
se feliz, vive tranquila
y a mi sobrino espiavila.



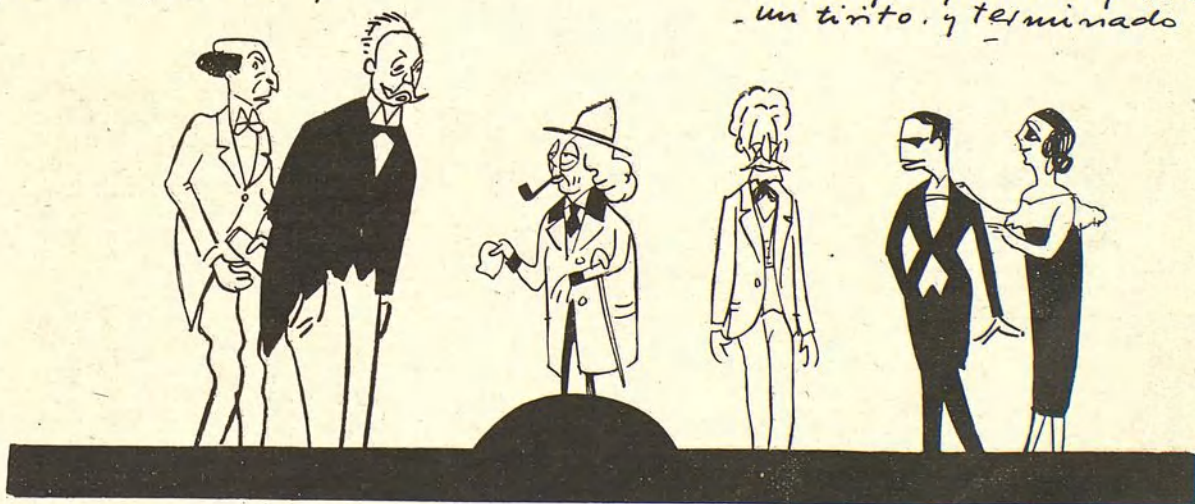
Acto 2º
Se me cuela el detective
Por la ventana inclusive
Mientras un muete el galán
abre con terrible afán



Acto 3º
Aparta sombra fingida
Sime si vives o no!
Para casarme de nuevo
que es lo que deseo yo



Acto 4º
¡Horror! ¡Tú! ¡Mas cómo vives!
Si hace días te mate!
- Puerto que ya has conferado
- un tinto. y terminado



Carlota, que está casada con este de la barba, no le quiere y en cambio concurre a su sobrino ama, y a guiso da lugar a que el esposo, desaparezca, antes que hacer el oro. Luego hay un crimen susto, tiro, grito, de mayo, para todos los gustos. También hay un detective, un doctor, un anticuario y la esposa del doctor, que no se llama Rosario.

EL ÚLTIMO ESTRENO, por ROBLEDANO.

Ayuntamiento de Madrid

Método práctico y sencillo para fabricar cuplés

El deporte de escribir cuplés es hoy una enfermedad latente y de graves consecuencias.

Casi todo hijo de vecino se siente autor y fabrica su repertorio.

Por lo regular, se decide a escribir el primer cuplé incitado por una pasión volcánica hacia una *estrella de bolos*.

El autor de cuplés tiene ante todo buen cuidado de arreglarse una habitación con el carácter propio del género a que se dedica. Lo primero es hacerse con varias fotografías de artistas célebres y dedicárselas él mismo a su capricho. Después *ilustra* convenientemente la estancia con una mesa de escritorio algo retrospectiva, dos sillas muy poco seguras, una estantería con libros y folletos picantes, una manecilla con varios recortes de periódicos y una escupidera con varios recortes de cigarros.

También cuida de su indumentaria: traje con manchas a discreción, sombrero-toldo, zapatos de charol algo risueños, chalina negra, etc., etc.

Lo más atrayente del cuplé o canción es el refrán o estribillo, y en él pone el autor su atención más grande.

Basta un poco de práctica para que la parte culminante de la obra brote

como una chispa eléctrica, heraldo del éxito.

Hay que escribir el estribillo con vistas al público, porque la concurrencia a esta clase de espectáculos debe transformarse en coro general de la artista.

¿Se trata de un cuplé picaresco? La solución es sencilla: se busca una palabra que partida por la mitad suene a algo gordo, y... ¡ya está! Veamos la muestra:

No seas caro, modisto,
que te doy la len...,
que te doy la len...,
que te doy la lentejuela,
y con tal ventaja,
me puedes coser
por catorce duros
el mejor vestido
que se puede ver.

Ahora pongamos, por ejemplo, que se trata de una canción aldeana: se piensa nada, se medita menos y el estribillo en puerta:

Aldeana
me dicen los mozos
al verme pasar.
Aldeana,
si te da la gana,
con este mocito
te vas a casar.

Sigue una barcarola El estribillo ha

de ser cadencioso y marítimo, absolutamente marítimo:

Boga, boga, marinero,
y no temas nunca al mar,
que los peces de colores
no te deben asustar.
Boga, boga, que te espero,
y si tardas, marinero,
pronto me voy a cansar.
Boga, boga sin parar.

A continuación, y por riguroso orden, llega una canción morisca. Tratándose de este género es imprescindible usar el Alá. No hay más que decir: *Alá una...*, y escribir sin esperar más alas que las de la fantasía, volando hacia el agradecido refrán:

¡Alá! ¡Alá!
Soy tu esclava
favorita,
y aunque de nombre soy Rita,
tú no me llamas así.
Tú me llamas
el tesoro
del Sultán
Aben-Alí.
Sí.
¡Alá! ¡Alá!
Fuyo mi amor siempre sera.

Como hay cuplés de argumento inocente, hay que apelar a estribillos sin pizca de malicia, que no son más fáciles por ello, pero que salen si el autor se siente niño mientras los escribe:

Juanita
me llaman los amiguitos.
Bonita
me dicen en el paseo
a las horas de recreo
cuando voy con la mamá.
Y yo me lo creo.
¡Qué barbaridad!
Y también añaden,
ésta es la verdad:
No quiero ser nunca
lo que es tu papá.
¡Qué barbaridad!

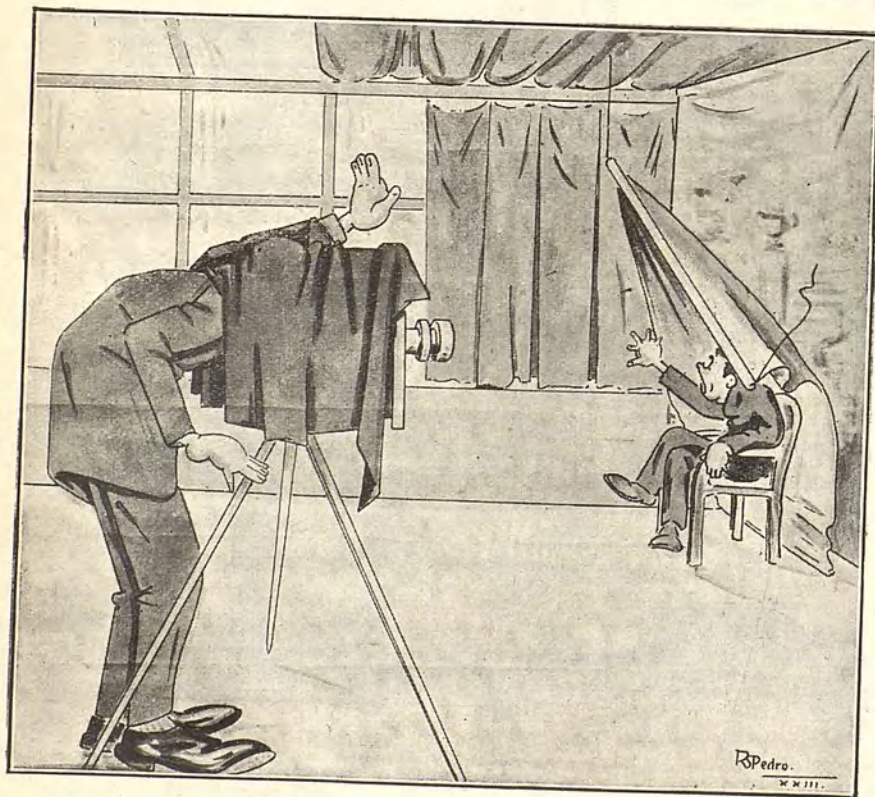
Estos cuplés los escriben en horas de tedio, esperando la comida, pongo por ejemplo, y de ahí que se coman alguna letra para que el verso salga más redondito.

También hay que producir cuplés del terruño, clasificados con el nombre de graciosos, a base de una *paleta*, y claro es que tratándose de paleta, el estribillo no ha de estar falto de color...

Y al ir por la ciudad
me siguen los de cuota
diciéndome al oído:
¡Tararí, tararí!
Marcelina, Marcelina,
como estoy para enfermar,
tú has de ser la *melecin*
que me tiene que curar.

Con estos ejemplos prácticos y una escasez absoluta de sentido común, pueden los autores del género infimo acaaparar el pequeño derecho.

¡Palabra!



— ¡Quieto un momento!

Dib. SAN PEDRO. — Melilla.

Ayuntamiento de Madrid

JOSÉ MARÍA JUAN GARCÍA

ORACIONES FÚNEBRES

Poesía premiada con la flor natural...
de Belchite en los Juegos florales celebrados en la misma.

I

Noche oscura..., sombría...
Nieve... Cierzo... Huracán... Barro indecente...
¡Pero la tempestad del alma mía
es mucho más cruel..., más inclemente!
¡Hoy se ha muerto mi tía!

II

Día horrible..., sangriento... Hay gripe y tiros...
Hay crisis y una huelga... El frío pela...
¡En mi pecho no hay tos...; pero hay suspiros!!
¡Hoy se ha muerto mi abuela!

III

Atardecer tremendo y tenebroso...
Cipreses... El sol, feo... Abril lluvioso...
Nubarrones que arrugan el ombligo...
¡Yo lloro y no hallo un eco cariñoso!
¡Hoy se ha muerto un amigo!

IV

Estío catastrófico... Un cometa
cruza los cielos cual funesto augurio...
Galerna en Santander... Tifus en Creta...
¡Yo me meso el cabello en mi tuguero!
¡Hoy hace un siglo que murió Pucheta!

V

¡Oh mañana de mayo sonriente,
plácida, magistral, incandescente!
¡En su vergel los pajaritos cantan,
las nubes se levantan,
y en los paseos hay la mar de gente!
Suenan un gramófono, y mi faz se anima...
Miro las pantorrillas a mi prima...
La existencia me brinda mil placeres:
pianola..., paella..., sol..., mujeres...,
niños y militares...
¡Yo bendigo a la tierra... y a los mares!
¡Qué vida tan hermosa! ¡Yo te canto!
¡Canto tu encanto, que mi ser alegre!
¡Soy dichoso, y por eso canto tanto!
¡Hoy se ha muerto mi suegra!...

Por la vil copia,

NÉSTOR O. LOPE

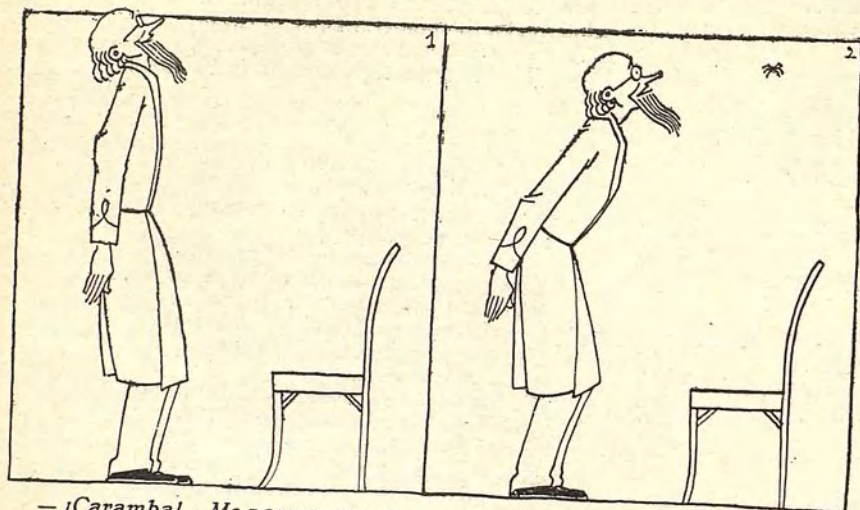


— ¿Perderías la serenidad?
— No; lo que perdí fué la llave del portal.

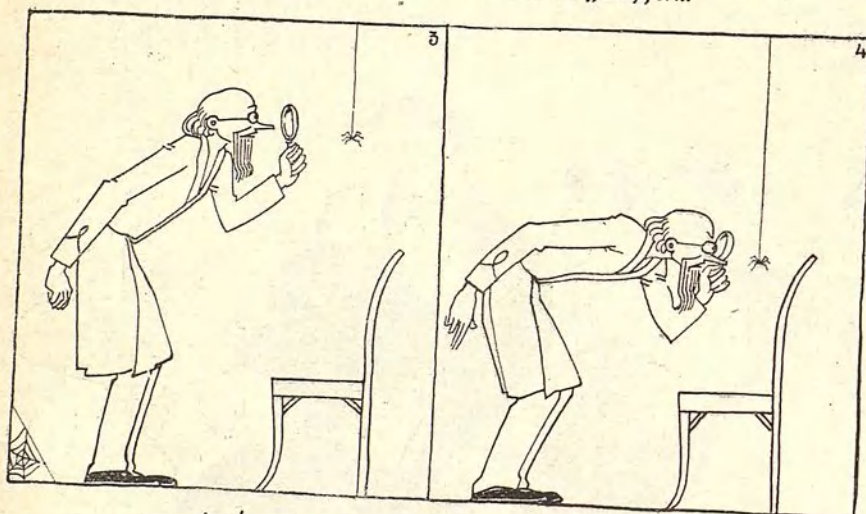
Dib. ESPLANDIU. — Madrid.

EL SABIO ENTOMÓLOGO EN SU CASA

por REINOSO

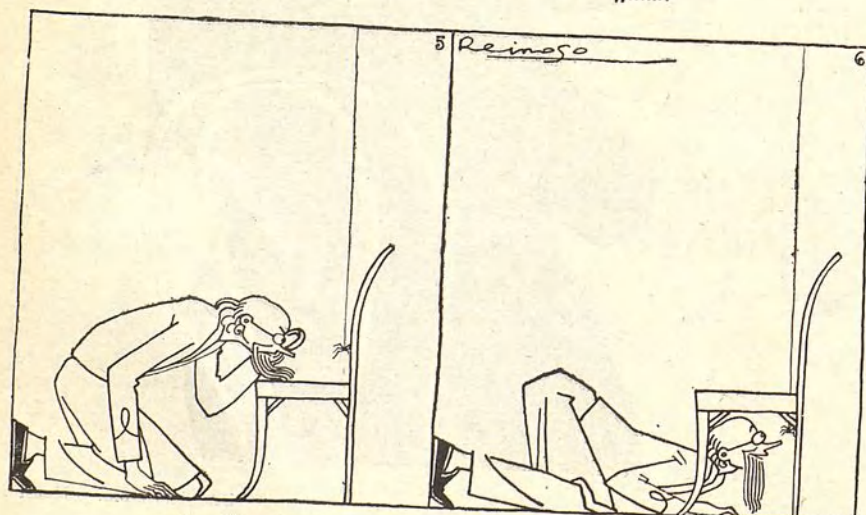


— ¡Caramba!... Me parece que veo un insecto... ¡Je..., je!...



i....!

ii....!!



iii....!!!

— ¡Anda!... ¡Si es una araña!...

BUEN HUMOR

TITIRIMUNDILLO

Entre señoras.

— Vengo de comprar sombreros de verano para mis hijas.

— ¿Qué has comprado?

— Uno de paja tagal para Isabelita, y este otro de paja de arroz para Paloma.

— Muy monos. ¡Qué bien estará Isabel con el tagal y, sobre todo, Paloma con el arroz!

«En la sala del Ritz tendrá lugar la audición de las sonatas en la.»

— ¿En la qué?

— Ya lo hemos dicho: en la sala del Ritz.

«El diestro da media tendida, y luego una mojándose los dedos.»

Entonces, lo que ha debido tender para que se secan son los dedos, y no la media.

A no ser que le salpicara.

«Continúa en todo Portugal la huelga marítima.»

¿En todo? Porque el interior tiene poco de marítimo.

Se ve que la noticia, por tratarse de cosas del mar, es salada.

El gremio de vendedores de lentes y gafas debería elevar un monumento al autor de La monería.

— ¿Por qué?

— Porque no hay un solo cliente que no entre en las tiendas cantando: «¡Hay que ver!... ¡Hay que ver!...»

Y de ahí la necesidad de comprar lentes.

«En China va a estallar otra revolución.»

Lo sentimos por las tazas. ¡Las que se van a romper! Y porque son tazas buenas. Tazas de China.

Del discurso de un jefe político:

«Nosotros repatriamos 40.000 hombres y suprimimos muchas posiciones.»

Pero, ¡caramba!, crearon otras. ¡Menudas posiciones las de los ex ministros, con sus miles de reales de cesantía!

— He visto a Manolo con su novia dándose un paseo de primavera.

— Esta es la época.

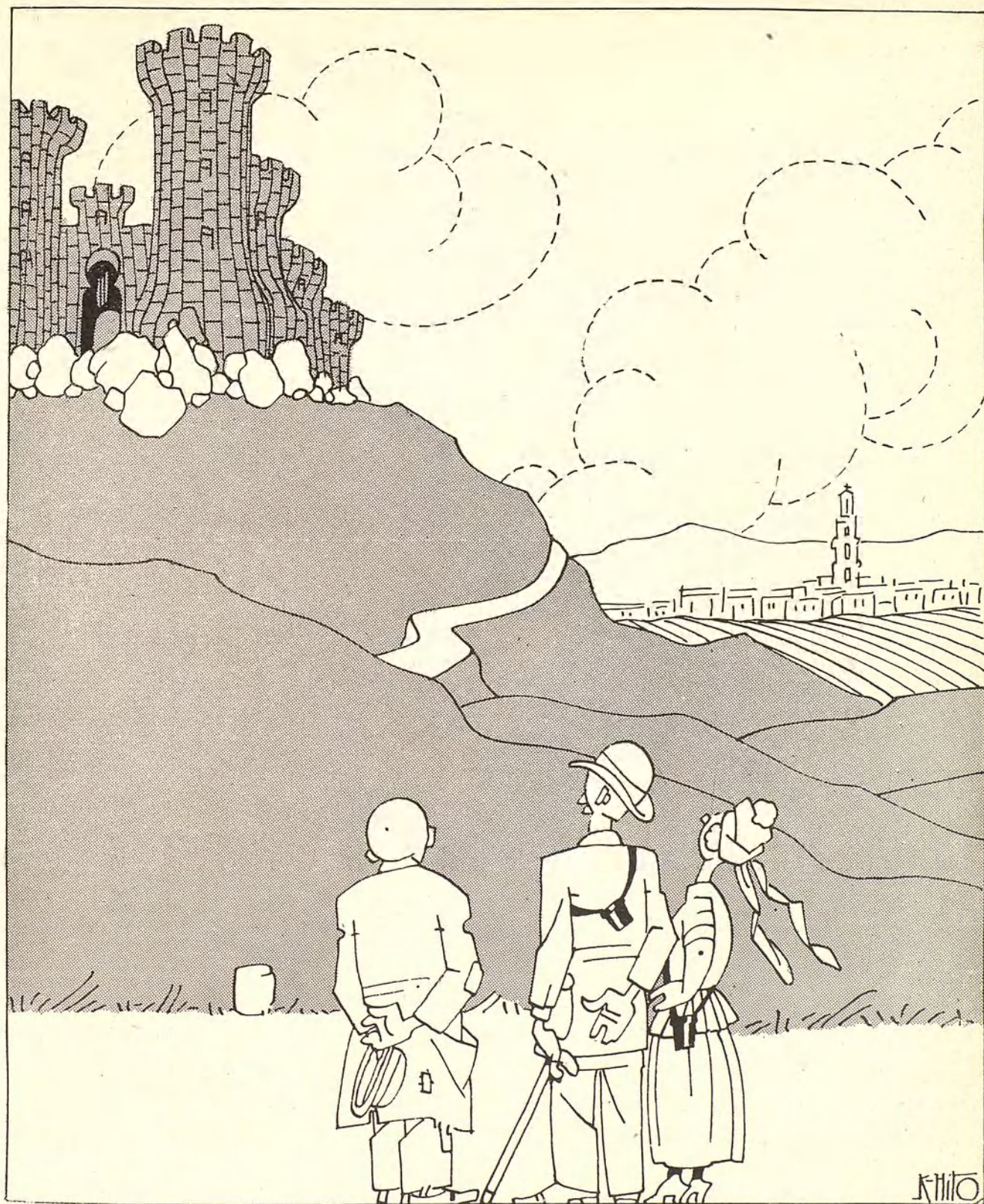
— Es que paseaban por donde había gente, de modo que más primavera no se puede ser.

Entre literatos.

— Pues yo, chico, tengo que trabajar al aire libre.

— ¿Por qué?

— Porque estoy escribiendo una alta comedia, y si trabajo en mi despacho, en cuanto tengo un pensamiento elevado, tropiezo con el techo.



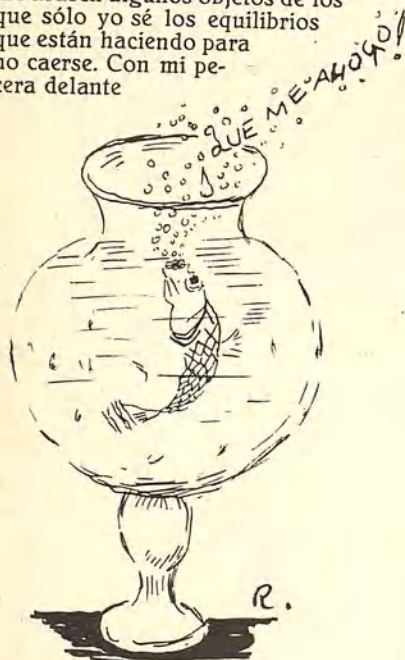
Dib K Hiro. — Madrid

— ¿Y dice usted que este castillo le construyó Ataúlfo?
 — Sí, señor, sí. En los ratos que le dejaba libre la oficina

Ayuntamiento de Madrid

EXPERIENCIAS CON UNA PECERA

En mi despacho solitario necesitaba tener algo que diese emoción de vida a mi silencio y que lo llenase de movilidad. Por eso adquirí una pecera. No necesitaba gran cuidado, y no había el peligro de que los peces se me escapasen o me tirasen algunos objetos de los que sólo yo sé los equilibrios que están haciendo para no caerse. Con mi pecera delante



sentí que me volvía naturalista, y naturalista observador. Me distraía mucho con mis peces.

Lo primero que encontré en ese vis a vis tan próximo es que siempre parece que se están ahogando, con gestos angustiosos de naufragos que ya están en las últimas. Las boqueadas de su agonia son interminables.

Siempre parece que les falta aire, que ansían una insuflación con un fuelle, por ejemplo.

— ¡Un poco de aire, por Dios, que ya no me queda más que un tanto por ciento de burbujas!

Muchas veces sentí frente a mi pecera el deseo de echar a volar mis peces, de soltarles por el balcón, de dejarles correr mundo.

Puedo asegurar que me han hecho sufrir mucho con sus gestos boquiabiertos.

Yo no esperaba que los peces abriesen la boca tanto. Yo creía que casi siempre la tenían cerrada, para que no les entrase agua, y sólo la abrían cuando tenían que alimentarse, y eso con gran rapidez.

Lo que más me sorprendía después de estar casi un día entero ausente de mi torreón, era encontrarme a mis peces vivos, coleantes, móviles en su elemento, sin haberse ahogado aún. Con-

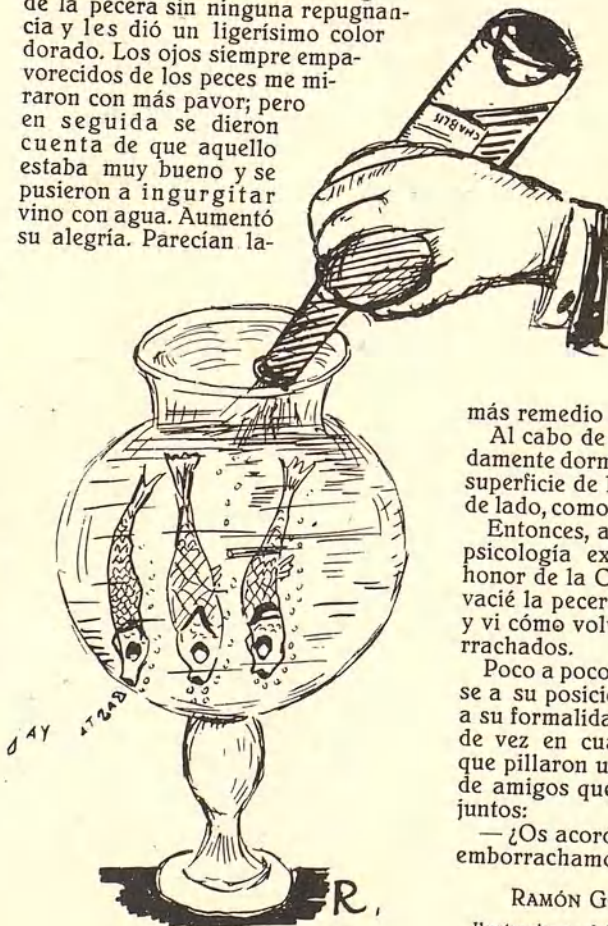
fieso que esa sorpresa era alegre y daba animación a mi despacho solitario, por más que la animación de los peces y su convivencia es de otro mundo, es algo muy separado de nosotros, como con todo el mar y los ríos por medio.

A veces me resultaba un poco monótono verles subir y bajar y hacer como que se alejaban yéndose al otro lado de la pecera, que realmente tiene lontananzas inverosímiles.

Entonces fué cuando se me ocurrió gastar en ellos la mitad de una botella de Chablis. Tomé la botella, y con decisión de hombre que va a hacer una experiencia en honor de la Historia Natural, me dispuse a emborrachar a mis peces. ¿Habrá habido alguna vez un naturalista que haya emborrachado a una pecera?

Hubo un momento en que pensé en las terribles náuseas que iba a tener que ver; pero no tuve piedad de ellos, porque yo, al hacer sufrir el mareo a los peces, me vengaba de sus sonrisas al ver a los navegantes mareados, me vengaba de las aguas que tantas veces me dieron la náusea insoportable.

El rubio vino se mezcló a las aguas de la pecera sin ninguna repugnancia y les dió un ligerísimo color dorado. Los ojos siempre empa-vorecidos de los peces me miraron con más pavor; pero en seguida se dieron cuenta de que aquello estaba muy bueno y se pusieron a ingurgitar vino con agua. Aumentó su alegría. Parecían la-



gartijas de agua. Su natación era jovial y disparatada. Comenzaron a tropezarse unos a otros. Se cruzaron sobre sus espaldas, jugaron al juego de la montaña rusa, ese juego a que son aficionados los niños, encaramándose unos sobre otros.

A otra cosa a la que se dedicaron también fué a tocar el violín, o sea a hacer unos de arco sobre la espina dorsal de los otros, cosa que les causaba unas cosquillas que se resolvían en latigazos contra la pecera.

Después comenzaron los síntomas más aletargados del mareo y se produjo en ellos algo así como los cabeceos de un barco que va a naufragar, hasta que llegaron a estar ladeados y la cabeza un poco hacia abajo.

Su hermosa rojez dorada se quedó pálida en roeles claros, con mucha desigualdad.

Por fin, a la media hora, después de echarles otro poco de vino para precipitar el final y para ver si bailaban unos con otros, conseguí que todos quedasen cabeza abajo, la tendencia ideal del bo-

rracho si no tuviese pies y si viviese en un elemento que le permitiese dar la vuelta de campana mejor.

Se veía que no podían volverse cabeza arriba y que veían el mundo del revés. Las burbujas de la indigestión de la borrachera se multiplicaron. A veces se les veía reco-brar algo de razón y querer ponerse de pie en el agua; pero no podían, y además su borrachera aumentaba, porque no tenían

más remedio que seguir bebiendo.

Al cabo de una hora estaban profundamente dormidos y como muertos en la superficie de la pecera, acostados muy de lado, como no se acuestan ni al morir.

Entonces, acabada mi experiencia de psicología experimental, realizada en honor de la Ciencia y de la Humanidad, vacié la pecera, la llené de agua limpia y vi cómo volvían en sí los peces emborrachados.

Poco a poco comenzaron a reintegrarse a su posición antigua, para volver a a su formalidad natural y sólo recordar de vez en cuando aquella borrachera que pillaron una vez, con esa nostalgia de amigos que han corrido una juerga juntos.

— ¿Os acordáis de aquel día que nos emborrachamos?...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

"DON SUBTERFUGIOS" RESUELVE EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

— ¿Usted conoce, amigo don Cualquiera, la nueva casa que he edificado?

— ¿Cuál?... ¿Ese rascacielos de la calle de Armando Buscarini?... ¿Ya está concluido?...

— Por completo. Hasta el ascensor tiene colgado ya el «No funciona»... Diga usted, ¿le gusta el inmueble?

— ¡No ha de gustarme, don Despóticol... Lo que siento es que mis medios no me permitan contarme en el número de sus arrendatarios.

— ¿Sus medios?... Mañana mismo, amigo don Cualquiera, se muda usted a mi casa de la calle de Armando Buscarini.

— ¡Pero don Usurariol...

— ¡Benigno, llámeme usted Benignol

— ¡Pero don Desahucios..., digo, don..., don Benignol ¡Si yo no puedo pagar más de...!

— Desde este mismo momento, le digo a usted, es usted inquilino mío. Habitará el principal derecha de mi finca.

— ¡Pero don..., don...!

— Su señora de usted habitará el principal izquierda.

— Pero...

— O el principal izquierda usted, y su señora el otro: es igual. Su hija ocupará el primero izquierda, y su nuero el primero derecha. En el segundo vivirá su hermana a un lado, y su sobrino en el cuarto de enfrente.

— ¡Don Usurario, usted bromea!... ¡Todo eso es completamente absurdo!

— ¡Cómo absurdo!... ¡De ninguna manera, no, señor!... ¡Es sensatísimo!

— ¿Está usted seguro?...

— ¡Segurísimo!

— Y ¿de dónde, dígame usted, voy yo a sacar para satisfacer esos alquileres, y por qué y para qué voy a costear un piso — y un piso distinto y exorbitantemente caro — a cada uno de los miembros de mi familia, y a vivir separado de todos ellos, incluso de mi mujer? ¡Usted desvaría, don Usurariol! ¿Qué es lo que ha tomado?

— Sencillamente la determinación de dejar de ser explotado por los que, tras de llamarme explotador suyo, viven a costa mía, explotando a los demás. Usted muy bien sabe que el noventa por ciento de mis inquilinos, abominando, lo mismo que los restantes, del casero, se han hecho caseros — pero ¡caseros sin fincas, que es lo grande! —, caseros de las casas de su casero, de las mías, cuyas habitaciones subarriendan en provecho propio a un precio prohibitivo, pero inverosímilmente aceptado. Pues bien: basta ya de suplantaciones; usted va a tener, sin costarle un céntimo, una o dos piezas en cada uno de los exteriores de mi casa de Armando Buscarini, en la que será usted mi *detaillista*, mi... ¿Está claro?

— Como el agua filtrada, don Subterfugios.

— De este modo, yo — y nadie en lugar mío — cobro por cada una de las piezas lo que me darían por todo el cuarto, y a la vez resuelto el problema de la vivienda.

— Eso ya no lo veo tan claro.

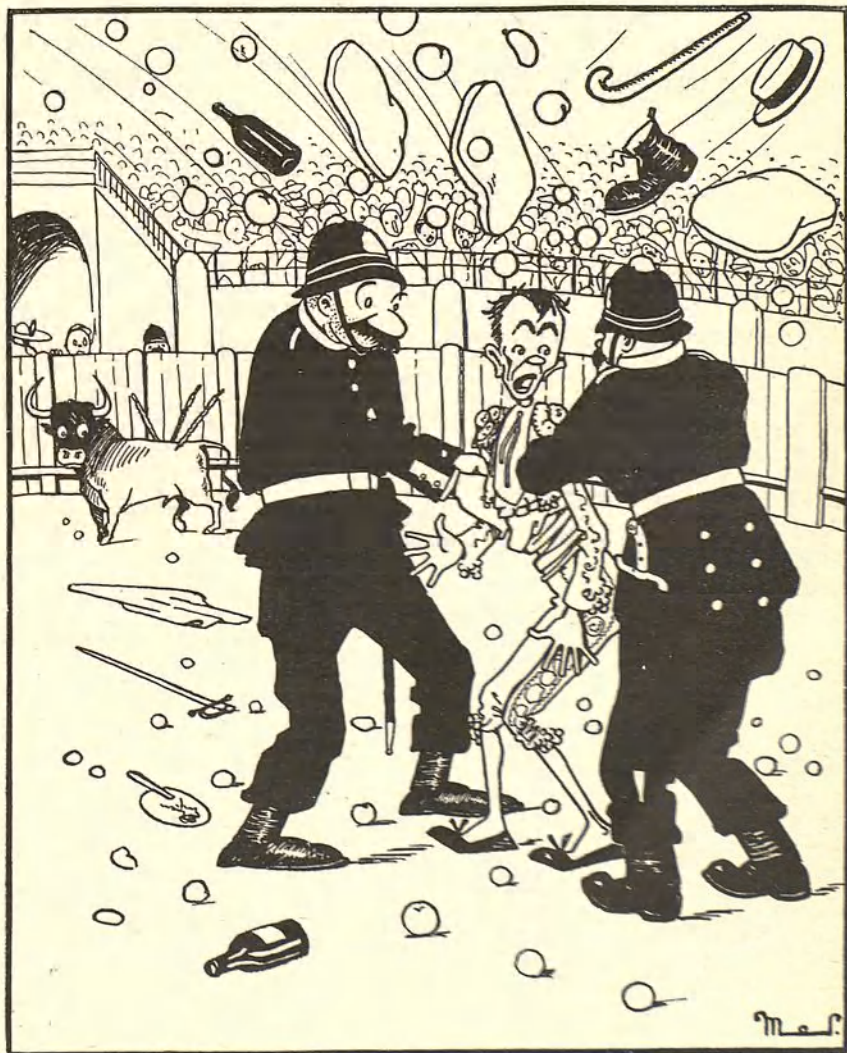
— Pues es obvio, amigo. Existen tres clases de inquilinos: los que no pueden pagar nada, los que no pueden pagar mucho y los que pueden pagar cualquier cosa y no reparan en peseta de más o de menos, que son precisamente aquellas personas — cada día más numerosas — que todo lo hacen fuera de casa, incluso dormir, y sólo necesitan domicilio para poder poner sus señas en las

tarjetas y enviar allá a aquellos visitantes por quienes desean no ser encontrados. Estos serán los que paguen los exteriores que habitarán ustedes, los que no pueden pagar nada; y los interiores se los reservaré, poniéndoles un precio poco menos que razonable, a los infelices que no pueden pagar mucho... Dígame si no es éste un medio de resolver el problema de la vivienda, y si mi iniciativa no merece que el Gobierno me nombre benemérito de la patria y presidente o vicepresidente, por de pronto, del Instituto de Reformas Sociales.

— ¡Sí, señor, y aun lo creo poco, don... Como-usted-quiera! ¡La idea es genial! ¡Es genial, sí, señor! Pero... ¿de veras es suya, don...?

— ¡Cómo que si es mía! ¡Cincuenta pesetas le he pagado por ella a mi abogado! ¿Lo oye usted? ¡Cincuenta!...

MANUEL GALÁN



Dib. Mat. — Madrid.

— ¡Pero, hombre!... ¡Si yo no he matado a nadie!

— ¡Pues por eso!...

Ayuntamiento de Madrid

VIDAS DE ANIMALES NARRADAS POR ELLOS MISMOS

EL GATO

Ilustres escritores han elogiado de primoroso modo el vivir regalado y señorial de los felinos. No podemos quejarnos de una existencia que transcurre entre sueños al sol, felices digestiones y alguna que otra fácil aventura.

Al comparar nuestra vida con la de los otros animales, resaltan, claros y rotundos, los privilegios y ventajas que disfrutamos. Raro es el irracional que, teniendo relación directa con el hombre, puede librarse de ese odioso yugo llamado trabajo. Por ejemplo, el borriquito servicial tiene que transportar y sostener sobre sus lomos mercancías de muy diversa especie y condición. Yo supongo que, a pesar de toda la filosófica resignación del asno, esto debe *cargarle* bastante... La mula, el buey y el caballo tiran esclavizados de pesados carruajes... ¿Y qué diremos del perro que lleva la cesta?

Mi dueño, el señorito Ramiro, solteón recalcitrante, se ha enamorado de una linda vecina que habita en el piso de enfrente al nuestro, la cual se asoma todas las tardes al balcón llevando en los brazos una juguetona y traviesa gata de Angora, por quien debe sentir gran predilección, a juzgar la serie de mimos que con ella emplea. Dado mi natural fogoso, este bello ejemplar de la raza gatuna me trae un tanto desconcertado.

Se ignora el nombre de vecina tan linda, de la que sólo sabemos que ejerce la libre profesión de canzonetista. El señorito Ramiro, mi amo, ha intentado entablar amistad con ella, quien, desdeñosa, se ha negado a escucharle.

Con cierta ansiedad, diariamente esperamos mi amo y yo el interesante momento en que la desconocida suele apa-

recer en el balcón con la gatita en brazos. Esta tarde, entristecidos y consternados, temíamos que, faltando a la costumbre, nuestra gentil vecina no hiciese acto de presencia. Mas, a última hora, por fin, se asomó, causándonos agradable impresión.

Al verla, suspiré sentimental:

— ¡Ah!... ¡La gata de la cupletista!... Y el señorito Ramiro, no menos sentimental, suspiró:

— ¡Oh!... ¡La cupletista de la gata!...

Por un ingenioso medio puedo introducirme furtivamente en el piso que habita la canzonetista cuantas veces lo desee. Según me he enterado, la cupletista está legítimamente casada con el propietario de la finca, señor inmensamente rico, por lo que me figuro, pensando lógicamente, que mi amo, el señorito Ramiro, nada logrará, pues ella no ha de prestarse a infidelidades para exponerse a perder la suntuosa posición que ocupa.

En cambio, yo espero ser más afortunado. He conseguido conversar con la gata de Angora, a quien, al parecer, no he resultado antipático del todo. No en vano soy bien parecido, y, sobre todo, poseo para las conquistas amorosas una especie de imán que atrae hacia mí cuantas hembras me propongo.

La gatita, que se llama *Tula*, ofrece cierta resistencia para rendirse, alegando el temor que le inspira su esposo, un gatazo tremendo llamado *Robespierre*; mas poco he de poder si a fuerza de constancia y tenacidad no venzo sus escrúpulos.

¡Qué atractivos, qué bellos son los ojos de *Tula*, que al mirar parecen prometer tantas cosas!... En cambio, la mirada de *Robespierre*, estúpida e inexpressiva, nada indica, no dice ni fu ni fa.

He logrado, por fin, alcanzar lo que con tanta ansiedad aguardaba. La gata de Angora, trémula y emocionada, me ha concedido el honor de una entrevista. ¡A las doce de la noche, cuando todo el mundo duerma, nos veremos en el tejado de la casa!

Me disponía a retirarme del piso de la cupletista, relamiéndome de venturosa satisfacción, cuando se presentó en la habitación el dueño de la finca y marido de la artista de *variétés*, quien, extrañado al verme, exclamó mientras me propinaba un soberano puntapié en la rabadilla:

— ¿Qué hace aquí este asqueroso animal casero?

Y ofendido y dolorido, pensé mientras huía:

— ¡Yo seré un animal casero; pero el casero éste es un animal!



Dib. S. PEDRO. — Melilla.

SUBORDINACIÓN ANTE TODO

— Mi teniente, con su permiso, se ha muerto un mulo...

Resulta curioso e interesante el pasar una noche de luna por los tejados de los edificios madrileños, y únicamente me desagrade la falta de vigilancia que se observa en tales lugares, ciertamente poco concurridos a esa hora.

Esperaba yo intranquilo a que fueran las doce, instante en que tendría a *Tula* junto a mí. Mientras aguardaba, vinieron a la memoria unos versos pertinentes al caso, y que no recuerdo si pertenecen al *Hamlet* o a *Don Juan Tenorio*:

«Esta noche aquí
mi aventura está...
Verme prometió,
me lo dijo así
y a mi cita vendrá.»

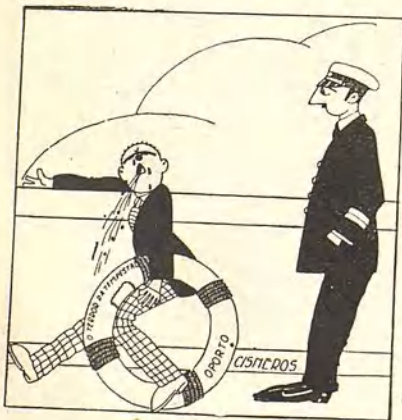
En un reloj cercano sonaron campanadas, indicando la llegada de la media noche. Al momento divisé la silueta de la gata de Angora, que avanzaba por el borde del tejado. Se hallaba ya a mi lado cuando, después de contemplar algo existente a mi espalda e invisible para mí, palideció, soltó un pequeño grito de horror, y dando un paso en falso cayó al fondo del oscuro patio.

Espantado traté de averiguar lo que impidió llegar junto a mí a *Tula*. ¿Acaso divisó detrás de mí alguna feroz alimania? ¿Quizás se hallaba allí *Robespierre*, dispuesto a tomar terrible venganza?

Volvi la cabeza, y al momento encontré la solución.

¿Sabéis lo que era? Un ratón. Sí; simplemente un retoncillo burlón y vivaracho fué lo que asustó a la hermosa gata de Angora, haciéndola tropezar y dar una voltereta en el vacío. ¡Oh qué penal!

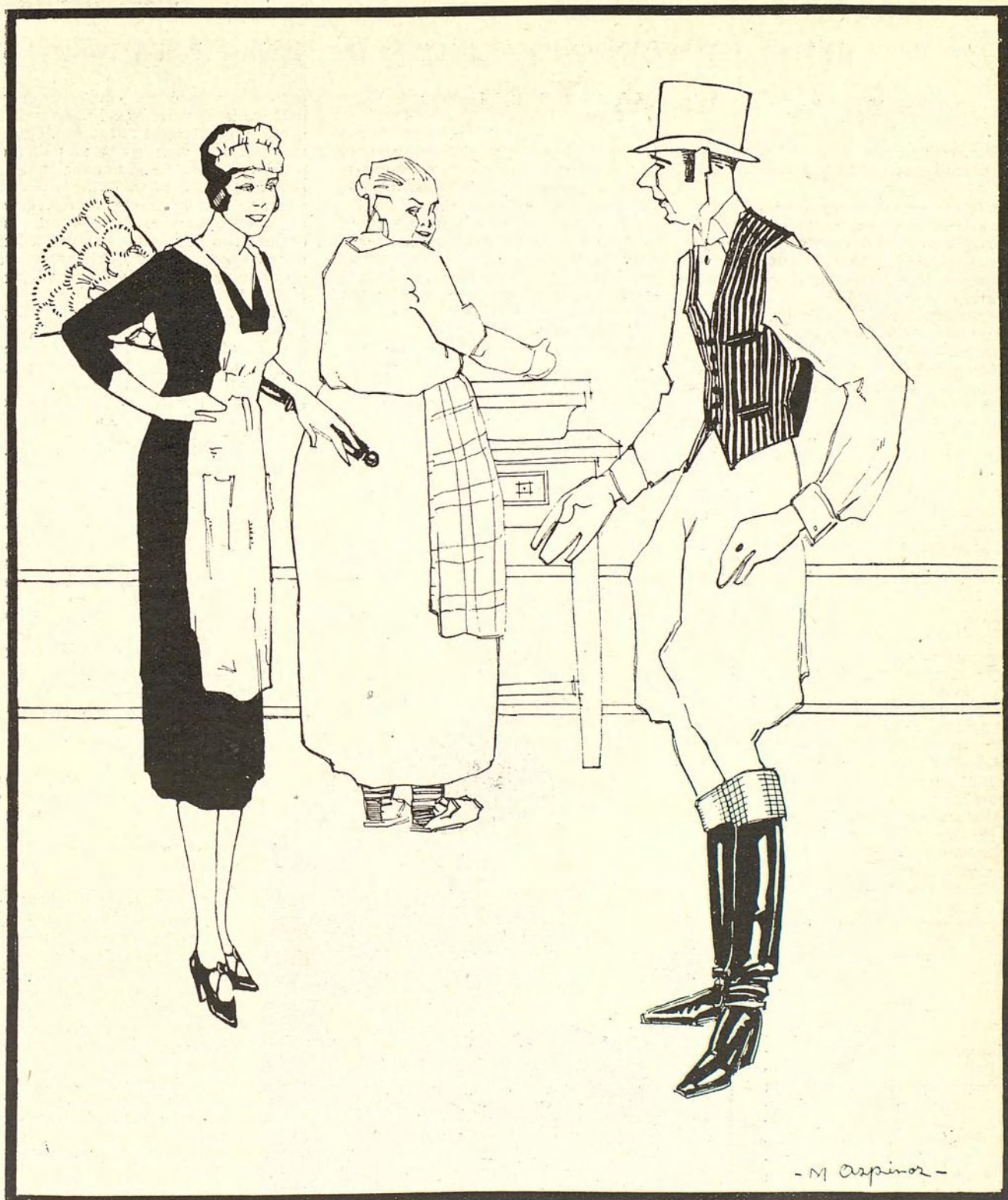
Por la transcripción,
LUIS ESTEBAN



Dib. CISNEROS. — Madrid.

EL OFICIAL. — De modo que éste es el primer viaje, ¿eh?

EL PASAJERO. — ¡No, se... ñor!... ¡El úl... ti... moll...



Dib. AZPIROZ. — Madrid.

— ¿Dice usted, Pepe, que conoce la edad de los animales por los dientes?

— Sí.

— Pues voy a traerle la dentadura postiza de la señora.

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL ASUNTO PULGARCITO O LA DIPLOMACIA, por Pierre Veber

Telegrama de las agencias:

«Un horrible suceso ha conternado a los habitantes del territorio en litigio: un niño de siete años, hijo de un leñador, habiendo perdido a sus padres, partió con sus siete hermanos para ganarse la vida. Este niño, llamado Pulgarcito, juntamente con sus siete hermanos, ha sido capturado por un bandido monstruoso que se alimenta de carne humana. A esta hora se sigue sin noticias de los desgraciados. Si aun es tiempo, nosotros rogamos a las autoridades de los pueblos vecinos que empleen la fuerza para libertar a los niños cautivos del ogro.»

Telegrama de las potencias a las autoridades de los pueblos limítrofes del territorio en litigio:

«Envíen detalles sobre incidente Pulgarcito y suspendan acción de justicia hasta nueva orden.»

Respuesta a estos telegramas:

«El ogro habita una caverna, justamente en medio del territorio en litigio, que está limitada por las cuatro potencias Norte, Sur, Este y Oeste. Sin embargo, es preciso impedir que ninguna de las potencias tome la iniciativa, pues se arriesgaría el equilibrio de las cordiales relaciones internacionales. Esperamos órdenes urgentes, pues el ogro se ha comido a uno de sus prisioneros.»

De las potencias a las autoridades:

«Enviamos plenipotenciarios. Evitad toda demostración que pueda interpretarse en cualquier sentido.»

De los plenipotenciarios a las potencias:

«Hoy primera reunión. La desconfianza inevitable de estas entrevistas ha sido prontamente sustituida por una gran cordialidad. Sin embargo, se ha resuelto no resolver nada sin antes haber examinado a fondo la cuestión. Próximamente publicaremos un libro sobre la cuestión Pulgarcito.»

Respuesta:

«Apresúrense. El público se conmueve. Se tienen noticias de que el monstruo ha devorado a otro de los hermanos del infortunado Pulgarcito.»

Plenipotenciario a la potencia Norte:
«Nuestra diplomacia ha estado a la altura de su misión. Triunfamos en toda la línea. Hemos obtenido que para la discusión actual se emplee nuestra hermosa lengua nacional. Esto ha sido decidido en menos de tres días.»

Plenipotenciario a la potencia Sur:

«Nuestra diplomacia ha conseguido una deslumbrante victoria. Hemos obtenido, al cabo de dos días, que el acta de los debates se redacte en nuestra hermosa lengua nacional.»

Telegrama de las agencias:

«El acuerdo parece inminente entre las potencias. La necesidad de una acción común ha sido aceptada ya por el Consejo. Se va a redactar una nota que se remitirá al ogro uno de estos días. La actitud del monstruo es rebelde. Se ha comido a otro hermano de Pulgarcito. Los cinco niños supervivientes piden socorro. Convendría apresurar más la solución de este incidente.»

Plenipotenciarios a las potencias:

«El acuerdo, que iba por buen camino, sufre algunos retrasos. Se acaba de

presentar una grave cuestión: ¿A qué nacionalidad pertenece Pulgarcito? Es necesario esclarecer este punto. De otra manera, se favorecería a un país a expensas de los otros. Se anuncian declaraciones de que no tenía domicilio fijo y erraba por los países donde, de vez en cuando, encontraba trabajo. Si esta declaración es verdad, las negociaciones se reemprenderán activamente. Se espera una solución para el fin del mes próximo.»

Fragmento de una carta de Pulgarcito:

«... ¡Venid a socorrernos! Ya no somos más que cuatro. Bastaría con mandar un gendarme. El ogro se burla de las notas que le dirigís. Si no nos socoréis, estamos perdidos...»

Telegrama de las agencias:

«El incidente Pulgarcito entra en una nueva fase. Después de la publicación que han hecho los periódicos de una carta procedente de los prisioneros, los plenipotenciarios se han reunido y de común acuerdo han redactado una nota conminatoria dirigida al ogro. Los términos exactos de esta nota no son conocidos; pero se sabe que intima al ogro a libertar sus prisioneros en el más breve plazo. ¡Ya era hora! Según últimas noticias, el desgraciado Pulgarcito no tiene ya más que dos hermanos vivos.»

De los plenipotenciarios a las potencias:

«Una solución militar se impone. El ogro persiste en no tener en cuenta nuestras intimaciones. Actualmente, la unión entre las potencias es seria y debe aprovecharse. Esperamos órdenes.»

Extracto de los periódicos: «*Política extranjera*.»

«¿Cuándo se decidirán a obrar? Desde hace más de dos meses que se verifican las negociaciones, han sido devorados seis hermanos de Pulgarcito. Somos la irritación del mundo entero. Los Gabinetes discuten, mientras que el pueblo reclama a grandes voces una solución violenta. ¡Un solo ogro tiene en jaque a cuatro naciones!»

Potencias a plenipotenciarios:

«¡Apresúrense! ¡Urgel! Como sigan más tiempo, haremos el ridículo.»

Respuesta a los anteriores: «La opinión debe tranquilizarse. Pulgarcito vive todavía. Felizmente, hemos concluido nuestro Tratado. Se ha convenido que cada una de las cua-



— ¿Y para qué quieres ese otro collar?
— Para perderle y que se hable de mí.

(De La Vie Parisienne, de París.)

tro naciones enviará un gendarme. El cabo será suministrado por una quinta potencia no interesada en el debate. De este modo, ninguna inquietud ensombrecerá el horizonte político. Hemos remitido hoy mismo nuestro *ultimátum* al ogro. Si pasado mañana no está libre Pulgarcito, obraremos enérgicamente.»

Otro telegrama de los plenipotenciarios:

«En el momento de entrar en campaña, nos enteramos con estupor de que Pulgarcito acaba de ser comido. A consecuencia de esto, nos parece resuelto el incidente, y debemos considerarnos felices de no haber tenido que intervenir.»

Extracto de los periódicos:

«El incidente Pulgarcito está completamente resuelto, para satisfacción de todas las potencias. Cuando se piensa que hubiera bastado tan poco para romper el equilibrio europeo, se queda uno asombrado y tembloroso. Felizmente, nuestra superior diplomacia ha estado a la altura de las circunstancias, con un tacto y una habilidad por encima de todo elogio. Ha sabido contemporizar, evitar los choques, sobrellevar las susceptibilidades, y dar, en fin, una paz firme y duradera. Nosotros podemos afirmar que, gracias a ella, no subsiste ninguno de los motivos que podían haber revolucionado el Universo.»

Telegramas de las agencias:

«Los jefes de las cuatro potencias han enviado la cruz de sus diversas órdenes a cada uno de los plenipotenciarios que han tomado parte en las últimas negociaciones diplomáticas.»

A. R. H.

EL DÍA DEL JUICIO

En la Audiencia territorial de Calabobos se espera la vista de la causa contra el marqués de Somochuelo, por robo con escalo. Dada la desahogada posición del procesado, nadie se explica los móviles que hayan podido inducirle a cometer tan reprobable acción.

Oigamos al acusado:

— Sí, señor presidente. Yo he entrado en casa de la viuda calagurritana y me he apropiado de cuantos objetos había en su tocador. ¿Creen ustedes que era dinero lo que buscaba? Seguramente, no, puesto que mi fortuna es mayor que la de todos los calabobenses juntos... ¿Qué era, entonces?... Pues que un día vi sobre su tocador una joya cuya posesión había hecho yo cuestión personal. Ahora, que ya está en mi poder, pueden juzgarme como quieran. He aquí la alhaja.

Y sacando del bolsillo un tubo de pasta dentífrica Sanolán, lo presentó a los admirados ojos de jueces, jurados y público.

Ni que decir tiene que el señor marqués fué puesto en libertad en el acto.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

M. J. — Es demasiado poco.

E. M. L. Madrid. — No sirven, naturalmente, *Siluetas*. Por si le fuera útil, le di-

remos que no se dice *consumación*, sino *consumición*, cosa que parece ignorar mucha gente y mucho rotulista.

Juan Ceniza de Guevara, de la estación de Radiotelegrafía de Campaña, destacamento de Drao-el-Azeff (Tetuán), quiere una madrinita de guerra. ¡A ver qué pasa!

A. A. Madrid. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué tontería!

Pascual de Mairena. — El diálogo primero está muy gracioso; pero el final es completamente defraudante. No pasa nada. Si encontrase usted mejor asunto para terminarlo... Puede usted, en todo caso, hacer otra cosa, a ver si es más completa.

Triclinio Saira. Madrid. — Hombre, ¡se



Dib. LÓPEZ RUIZ. — Huelva.

EL MÉDICO, DISTRAÍDO, AL CONDENADO A CADENA PERPETUA. — *Pues nada, lo dicho: mucho oxígeno, mucho paseo por el campo y cambio de clima; yo le aconsejo unos meses en Suiza. Y, sobre todo, nada de malos ratos. Ya verá usted cómo dentro de un par de meses se encuentra fuerte.*

Ayuntamiento de Madrid

necesita ser fresco para mandarnos el cuento celestial de *Milagritos*, no!, que lo saben cerca de once millones de personas mayores de edad! ¡Ande usted y que le pelen!... ¡Embuchados, no!

B. M. Madrid. — ¿Qué quiere usted? Esas *Notas de un barbero* ¡valen tan poco!... (A usted no nos atrevemos a tomarle el pelo.)

C. V. Madrid. — No sirve.

A. V. Madrid. — Largos y con digresiones inútiles. Otra vez será.

A uno de Granada. — Porque suponemos que será de allí el que nos envía estos versos tan emocionantes.

• A GRANADA

»Desde los Reales de Santa Fe, año 1492. (¡Ati-za éste!)

(En tinta roja.)

»Allá en lontananza se yergue Granada, postrer valuarte del imperio moro, y sobre su cumbre, la más elevada, se alza la vela, cual signo de oro.

(En tinta azul.)

»Desde aquel conjunto de bello paisaje, cual chorro de hormigas, descendien guerreros que lucen garzotas de viejo plumaje y llevan al cinto brillantes aceros.

(En tinta roja.)

»Cualquiera diría que esa carabana, que hasta aquí se acerca proclamando guerra, no es sino el principio de un triste mañana en que desterrados marchen a otra tierra.

(En tinta azul.)

»En tanto han llegado al campo cristiano, y echando pie a tierra un viejo adalid, unas cuantas llaves entrega en la mano al gran don Fernando: se las da Boabdil.

(En tinta roja.)

»Y ya en retirada, el Rey chico llora, recuerda, sin duda, su gloria pasada, y al mirar ya lejos al país que adora con pena ese canto entona a Granada.»

¿No habrá quien le dé a usted con otro canto en las narices? ¡Si esos versos son todavía más malos que los de la toma!

(Esto, en tinta negra.)

Rodolfo Bracquet, del Tercio de Extranjeros, de Melilla, quiere una madrina de guerra, cosa muy lógica y natural.

M. V. — Muy malo. Y usted, ¿en qué fuente veve agua? No será en la de la ortografía...

J. T. J. Madrid. — Es demasiado poco; mejor aun, no es nada. Para formarnos una idea, necesitaríamos algo más hecho. ¿Usted comprende, amigo?

Thutha-kha-men (sic). — ¿A qué viene eso, pelmazo?

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

¡NOVIAS!

Si quieren, su equipo de boda y ajuar de casa será gratis : - : Pidan catálogos e instrucciones a los ALMACENES APARTADO 7.005 **GASPAR OLIVAR, 1 MADRID - 7.ª**

Pinocho. — No sirve.

Bernabé. Cádiz. — El Sr. Rodríguez Marín, de la Real Academia Española, y la Srta. Gloria de la Prada, deben hacer un huequecito a su lado para Bernabé, que es nuestro tercer bardo de la copla andaluza. ¡Llor

«CANTARES

»Tu boca es un clabel y tus ojos dos luseros ¿como no te bôy a querer si me estoy muriendo de celos?

¡Pobra hombre!

»El hombre que a mi me quiera tié que ser loco perdió, que yo soy una mujer de las que quitan el sentío.

¡La locura!

»La Giralda está en Sevilla, y el Pilar en Aragón (y el Escorial en El Escorial) y tu carita de rosa metía dentro de mi corasón.»

Esta preciosa copla geográfica es el *chef d'œuvre* de Bernabé.

Dice que cuando aprenda ortografía mandará más. Ya lo saben ustedes. ¡Risa para todo el año!

A. M. y M. Madrid. — No es gran cosa. A ver si lo que promete..., promete.



Julio César. Tetuán. — ¿Se llama usted así, o es una chulla? Porque si es broma, no tiene ni pizca de gracia.

Nanagle. — ¡Nanay!

I. B. B. M. Madrid. — Por nosotros no hay el menor obstáculo para que usted lleve a publicar en este semanario. Nosotros somos de una imparcialidad catoniana. Lo que pasa es que usted, hasta ahora, sólo nos manda lo flojo de lo que hace. El día que usted nos mande cosas bien..., ¡qué duda quepe!

Juan Callado. — Demasiado inocente.

J. M. C. Madrid. — No vale.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

S. R. F. — Desde una cuartilla antes ya se espera el chiste, siempre malo, y algunas veces de mal gusto.

L. P. e H. Madrid. — ¡Si no estuviera tan hecho eso del hombre víctima de su esposa y de su suegra!... Lo de la morfina tiene gracia.

E. M. y G. — Muy pesado. Diga usted, si lo que había visto don Justiniano era *Gli Hugonotti*, ¿cómo cantaba *La Africana*? Es una duda.

De los dibujos últimamente recibidos, rechazamos abiertamente:

Uno de Miralles, Pepe Cariño, A. C. S., Serny, Canales (bien, pero fúnebre), Antón, Urike, Pe, Ramoncho, Tarodo, Redondo, Bonastre, Rubio y Godínez; dos de Cisneros, B. Be y Perelló, y cuatro de Martín Y.

Y admitimos sin reservas:

Uno de Canales, Del Río, Yolí, Espinosa, Stilo y Martín Y.; dos de Kanif; tres de Miciano, y cuatro de Pinilla.

E. A. Madrid. — «Apenas *El Alcalde de Zalamea* se enteró de que dos personas que habían venido de *Alcalá de los Gandules*, llamadas *Otelo* y *Carmen*, bailaban *El paso del camello* al compás de *El último vals*, corrió a casa de *La sobrina del cura*...»

¡Caray!... ¡Qué nuevo!...

A. G. L. Madrid (hotel). — ¡Es pésima! Pero si, como usted ofrece, pagara muy bien..., quizás pudiéramos publicar su portada, con pie inclusive.

Jenaro y Coméns. — Muy bien; pero como usted no dejará de comprender, completamente ajeno al carácter de nuestra revista. Muy bien, repetimos.

C. M. Gijón.

Ese dibujo, chiquilla, se lo ha hecho a usted Pinilla.

J. S. B. Madrid. — No sirve. Las cuartillas se escriben por un solo lado. No está de más acentuar algunas palabras.

De C. B. Valencia. — Esto no sirve. Haga usted otra cosa.

M. L. Alicante. — Tampoco.

Muñoz. Barcelona. — ¡Menos!

— ¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan feo? — ¡Sí es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orive!

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda de Celestino Solano!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de B. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).



- Cese vuestro dolor, doña Mencía...
- Es que os partís, señor. ¡Oh, que amargura!
- Mi alma queda aquí, señora mía.
- «Es que os vais a partir por la cintura!»

Dib. DIAZ ANTÓN. — Madrid.